

ESCRIBE EDGAR MORIN: ¿Qué es un intelectual? ¿Cuándo nos convertimos en intelectuales? A mi entender, el escritor, el universitario, el artista, el científico o el abogado solo se vuelve intelectual cuando trata con ensayos, textos en revistas, artículos de periódicos, de modo no especializado y más allá de

su campo profesional, problemas humanos, morales, filosóficos, políticos. Entonces el escritor, el filósofo, el científico, se auto instituyen intelectuales. El término intelectual tiene un significado misionero, divulgador, eventualmente militante (...) procede del uso o la superación en y por unas ideas.



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

RESISTENCIA

DOMINGO 19 DE DICIEMBRE DE 2021

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Luis Mancipe

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

PENSAMIENTO >> 35 ANIVERSARIO DE CEDICE

La experiencia liberal en Venezuela

ÓSCAR VALLÉS

El liberalismo es el ideario moral, económico y político *vigente* más antiguo de Occidente, conformado por diversas tradiciones que confluyen en la promoción de la libertad individual, la propiedad privada y el estado de derecho. Su vigencia de tres siglos ha sido posible venciendo sus amenazas. Hace apenas un siglo, Ludwig von Mises lamentaba que “el mundo ya no quiere saber nada de liberalismo”, ante las ruinas de civilidad que dejó la Primera Guerra Mundial¹. Años más tarde, el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán demolian las esperanzas liberales en Europa, solo restauradas en parte después de la Segunda Guerra. Europa dividida observaba cómo un nuevo totalitarismo se imponía bajo el dominio soviético. Con todo, esa restauración tras la guerra fue suficiente para el renacimiento del liberalismo a mediados del siglo XX. Friedrich Hayek recordaba, en su visita a Venezuela en 1981, que los liberales de entonces “éramos un pequeño grupo, se nos consideraba excéntricos, casi dementes y se nos silenciaba. Pero hoy, cuarenta años más tarde, nuestras ideas son conocidas, están siendo debatidas y consideradas cada vez más persuasivas”². Unas ideas que reflejaban el innegable contraste de la prosperidad liberal de la Europa occidental con la pobreza de sus países orientales. Un Occidente con desarrollo humano, crecimiento económico y estabilidad política sin precedentes en la historia.

Sin embargo, en la segunda década del siglo XXI regresan las voces que anuncian el fin del liberalismo, como advirtió von Mises hace cien años. Por ejemplo, en 2018, James Traub, editor de *Foreign Policy*, publica un artículo con un provocador título: “El egoísmo está matando el liberalismo”, donde afirma que “la muerte del liberalismo constituye el funeral masivo más grande del mundo editorial, desde la muerte de Dios hace medio siglo”³. Yuval Noah Harari en *The Guardian* califica de mito al “libre albedrío” frente el ascenso de lo que llama el totalitarismo tecnológico de las corporaciones, invitando a refundar la democracia bajo nuevas premisas⁴. *The Economist* publica un “Manifiesto para renovar el liberalismo”, porque piensa que “el mundo moderno se está volviendo en su contra. Europa y América están en medio de una rebelión popular contra las élites liberales, vistos como egoístas e incapaces o no dispuestos a resolver los problemas de la gente común”⁵. Con tonos de angustia, estas voces provienen de la misma comunidad liberal, alertando sobre las nuevas amenazas a la libertad que produce la crisis global de nuestro tiempo, como otros liberales hicieron en sus épocas y naciones. También con el nuevo siglo, prosiguen en *ritornello* las tradicionales críticas al liberalismo que provienen de enemigos doctrinales de la izquierda. En el transcurso de sus 300 años de historia, los anuncios de su muerte y su resurrección han acompañado la vigencia del liberalismo con una frecuencia asombrosa.

Michael Walzer en su reciente libro *Pensar políticamente*, compara las críticas al liberalismo con las modas del vestir: “tienen vidas breves pero recurrentes; conocemos su fugacidad y esperamos su regreso”⁶. Lo efímero de sus apariciones no niega, sin embargo, la relevancia de las críticas cada vez que regresan. Menos aún el desastre social que producen cuando cautivan la tozudez en políticos o la ambición en tiranos. En ese sentido, los ensayos compilados en el libro aniversario de Cedice Libertad responden a la solicitud de prestar atención a esas amenazas recurrentes contra la libertad, que entre nosotros ya son realidades. *La experiencia liberal en Venezuela* reúne interpretaciones y propuestas inspiradoras para considerar estrategias conducentes para la instauración de una sociedad liberal.

Sus autores están conscientes que este tiempo amenazante es otra encrucijada en nuestra historia liberal. Los difíciles años de la emancipación y de las primeras repúblicas del XIX,

El Centro de Divulgación del Conocimiento Económico –Cedice Libertad– ha cumplido 35 años de fructífero recorrido. Como parte de la celebración ha publicado un volumen compilado por Óscar Vallés, *La experiencia liberal en Venezuela. Contribuciones para interpretar y promover una sociedad liberal*, que reúne 16 textos de estudiosos de distintas disciplinas. El volumen está dedicada a Emeterio Gómez y Aurelio Fernández Concheso”



EMETERIO GÓMEZ / ARCHIVO



AURELIO FERNÁNDEZ CONCHESO / ARCHIVO

las transiciones de los años 1936-1945, 1958-1967 y 1989-1998, dejaron trazos de libertad y experiencias en todos los órdenes de la vida humana, que son signos para pensar cómo enmendar desvíos e innovar horizontes. Después de 200 años, seguimos con la “urgencia” de lograr la civilidad liberal, tras el rotundo fracaso del proyecto civilizatorio venezolano, producido por la fragua socialista y la autocracia revolucionaria. Asimismo, y paradójicamente, la pérdida de coordenadas para la convivencia pública y pacífica en Venezuela ha despertado un interés cada vez mayor por el valor sustantivo de la libertad, tras la desesperación masiva de los venezolanos por obtener su liberación. Esa ur-

gencia e interés sobre todo en los más jóvenes, son también una invitación histórica para que las ideas liberales sean conocidas, debatidas y, cada vez, más persuasivas, como pide Hayek. Nos corresponde ofrecer buenas razones para vencer la frustración que produce la discusión entre socialistas revolucionarios y reformistas progresistas, cuando reducen nuestra tragedia a un asunto de “quién da más y mejor” lo que –creen– el “pueblo necesita”. También, brindar buenas razones para distinguir el ideario civilizatorio liberal de los radicalismos que produce la natural indignación ciudadana ante esa “fatal arrogancia” de la izquierda.

En esta tempestad, Hayek sigue siendo nues-

tro mejor faro: “A menos que volvamos a hacer de los fundamentos filosóficos de una sociedad libre un tema intelectualmente vivo, y que convirtamos su implementación en una tarea que desafíe el ingenio y la imaginación de nuestras mentes más animadas, las perspectivas de la libertad serán en verdad sombrías”⁷. En efecto, cumplir con nuestra misión institucional en esta encrucijada histórica exige mantener, como rosa de los vientos, esas premisas filosóficas fundamentales. Ofrecer razones y oportunidades para la discusión y el diálogo entre los partidarios de la causa de la libertad con la mayor amplitud posible, incluyendo a “socialistas moderados” como los calificaba Mises y a los negadores de todo lo que pueda significar “Estado”. Es preciso persuadir al mayor número posible sobre las ventajas y bondades del esquema civilizatorio liberal que debemos promover en el país. En esta tempestad de angustias y desesperanzas, pero también de ideas y de luchas, mantenernos serenos en la firmeza de nuestros fundamentos, contribuirá al delicado papel que nos toca cumplir en la causa de la libertad.

Este papel se distingue, en primer lugar, de algunas visiones que asumen las premisas liberales como si fueran un dogma. El pensamiento liberal no nació atado a un libro sagrado ni tampoco a un mesías. Tal vez por eso no genera en las sociedades liberales, sentimientos místicos de fe ligeros como el socialismo, con su tótem *El Capital* y su profeta Karl Marx. Sin embargo, hay quienes insisten en dogmatizarlo. El mismo James Traub en *The Atlantic* citado, postula a John Stuart Mill y su *On Liberty* como “lo más parecido en el liberalismo a un tratado fundacional”⁸. Pero la riqueza de los fundamentos filosóficos de una sociedad libre se debe precisamente a la diversidad de ideas y prácticas, autores y obras, políticos y personajes que constituyen, casi rizoma deleuzeiano, la tradición liberal. Fundamentos irreductibles a un solo autor, inapreciables desde una sola escuela. No obstante, el compromiso de nuestra tarea es mantener el diálogo y el reconocimiento con quienes incluso así lo creen y piensan. La comprensión del mundo tiene sus ventajas con sus costos, al igual que la comprensión de las ideas. Pero si algo debemos preservar de ese balance de cuentas, como uno de los fundamentos filosóficos de la sociedad liberal, es la práctica de la tolerancia al interior de la comunidad liberal, ofreciendo oportunidades para la discusión de las ideas que la promuevan y la hagan posible. Igual balance debemos hacer con el eclecticismo entre nosotros.

- 1 Mises, L.: *Liberalismus*. Verlag von Gustav Fischer, Jena, 1927, p. 2 [Die Welt will heute vom Liberalismus nichts mehr wissen].
- 2 Hayek, F.: Entrevista. Rangel, C.: “Tiempo de conocer la libertad”, en Cedice: *Lo grande es la idea*, Cedice, 1999, p. 106.
- 3 <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2018/02/liberalism-trump-era/553553/>
- 4 https://www.theguardian.com/books/2018/sep/14/youval-noah-harari-the-new-threat-to-liberal-democracy?CMP=share_btn_link
- 5 <https://www.economist.com/leaders/2018/09/13/a-manifesto-for-renewing-liberalism>
- 6 Walzer, W.: “La crítica comunitarista del liberalismo”, en *Pensar políticamente*, Paidós, Barcelona, 2010, p. 152.
- 7 Hayek, F. A. “The Intellectuals and Socialism”. *The University of Chicago Law Review*, 16, no. 3, 1949, pp. 417-33.

(continúa en la página 2)



ÓSCAR VALLÉS / CORTESÍA

La experiencia liberal en Venezuela

(viene de la página 1)

John Gray puede tipificar esta otra “cara del liberalismo”, por incorporar al ideario liberal a pensadores controversiales y hasta incompatibles entre sí. Con todo, coincide en admitir que hay un núcleo de principios que “son comunes a todas las variantes de la tradición liberal” y el primero que postula es –por supuesto– el “individualismo”. Mantener la serena atención sobre las premisas fundamentales para que sean punto de encuentro fructífero, entre corrientes que conforman la comunidad liberal en Venezuela, es la virtud cardinal de nuestro papel en esta histórica encrucijada.

Semejantes consideraciones también valen para quienes insisten en adoptar, *mutatis mutandis*, esas premisas liberales como un programa político para hacerlo posible en nuestros países. En ese caso, la cuestión ya no es si los principios ofrecen un marco de diálogo entre corrientes liberales, para mantenerlos intelectualmente vivos en la sociedad. La cuestión aquí es si tales premisas pueden inspirar el ingenio y la imaginación, en las circunstancias históricas concretas del país, para implementarlos en vista de su factibilidad. Este asunto que podríamos denominar “la posibilidad liberal”, también ha sido objeto de largas disputas entre nosotros. Acusaciones de quedarse en la “mera teoría” y en visiones “librescas”, por un lado, o de “constructivistas” y “social-liberales”, por el otro, finalmente ambos lados del río convergen en el mismo error. Si se pretende “resolver los problemas de la gente común”, como solicita el “Manifiesto” en *The Economist*, debemos primero admitir que el ideario liberal pretende promover una sociedad donde cada cual pueda “resolver”, hasta donde sea posible, sus propios problemas con conocimiento, oportunidad y responsabilidad². Esto es, “fomentar un sistema de educación e información accesible y abierto, incentivar diversas alternativas de planes de vida e intercambios, e instaurar un justo y eficiente marco de reglas que preserve la propiedad privada, entendida como la vida, la libertad y los bienes de las personas”³.

Una educación para la libertad, un mercado para la prosperidad y un estado de derecho para la propiedad, son estructuras de fondo de una sociedad liberal, para mencionar solo algunas fundamentales. Esas estruc-

turas no se instauran por la planificación de un partido o de un programa político, aunque celebre sean promovidas por ambas vías. Mucho menos dependen de la obra de un gobierno, aunque ayudaría que haga su parte. Esas estructuras fundamentales se fraguan mediante la concurrencia simultánea y espontánea de prácticas sociales que van constituyendo, a la vez que constituyéndose, en esas instituciones –educación, mercado y estado de derecho– en el transcurso de varias generaciones. Eso no debe desestimular a un futuro movimiento liberal a elaborar recomendaciones “fragmentarias”, a la manera de Popper, que permitan, si no resolver, sí mejorar algunos de los “problemas de la gente común”⁴.

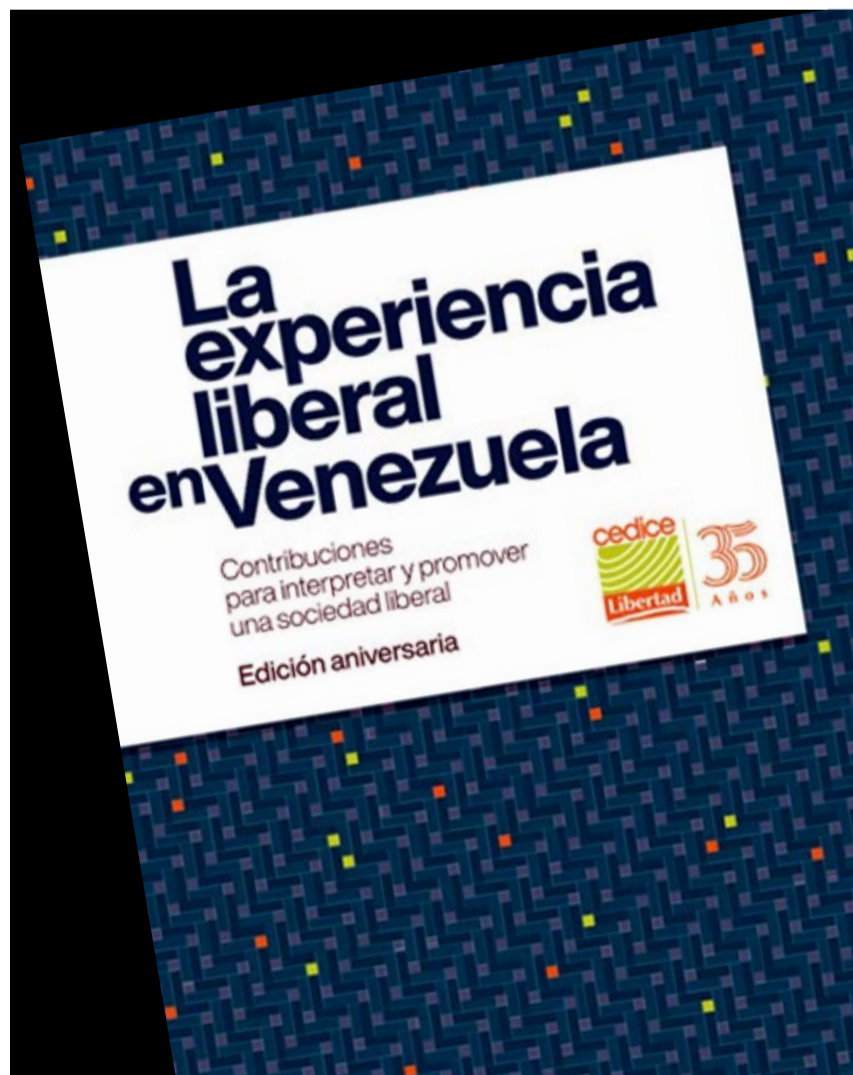
De este modo, indagar la “posibilidad liberal” en Venezuela debe conjugar ideales e intereses, interpretaciones y estrategias, conscientes de la tensión intelectual que genera la preservación de sus principios ante las exigencias históricas de cambio. Con estas coordenadas, la Junta Directiva de Cedice Libertad consideró que las dieciséis contribuciones compiladas en esta edición representan

esa pluralidad de sentidos de cómo ha sido *La experiencia liberal en Venezuela*, esperando que estimule el diálogo sobre el liberalismo entre nosotros.

Iniciamos la compilación de ensayos con Luis Alfonso Herrera Orellana, quien nos invita a encontrar esa posibilidad liberal en nuestras tradiciones hispánicas, con el propósito de reconocer un horizonte de significados que se entroniza en nuestros héroes civiles como Andrés Bello. Ese horizonte permitirá una mejor

“

En esta tempestad, Hayek sigue siendo nuestro mejor faro”



comprensión de nuestras libertades y limitaciones del poder público, en franca superación de la teología bolivariana y la leyenda negra sobre la hispanidad. La semblanza de Rafael Arráiz Lucca sobre Santos Michelena, liberal de excepción en la Venezuela emancipada, ofrece un caso ejemplar de lo señalado por Herrera Orellana, que resulta inspirador para ahondar en los liberales civiles del XIX venezolano. En esa línea de volver sobre nuestros pasos del pasado, pero apuntando al futuro, se inscriben los trabajos de Gustavo Alfonso Vaamonde, Jesús María Alvarado Andrade y Bernardino Herrera León. Los hitos de la primera República de la Venezuela independiente que destaca Vaamonde se entretajan con la comprensión de los procesos históricos, constitucionales e ideológicos, que ofrecen Alvarado Andrade y Herrera León. En diálogo con autores primordiales del liberalismo moderno y contemporáneo, consideran, desde sus perspectivas, una formulación renovada y vivaz del liberalismo, que concibe la libertad política como primacía y condición de la posibilidad liberal en Venezuela.

Los trabajos de Trino Márquez, Omar Astorga y Miguel Ángel Martínez Meucci se centran en las relaciones políticas que se fraguan con el surgimiento del Estado petrolero y sus efectos sobre la libertad. Márquez analiza el origen y la conformación de la “mentalidad estatista” del sistema de partidos políticos venezolano, como un factor clave de la cultura política del rentismo, que limita, cuando no impide estructuralmente, las opciones liberales en el país. Por su parte, con la mirada puesta también en la conformación de los partidos políticos del siglo XX, Astorga devela las dificultades interpretativas para la comprensión de sus concepciones de libertad, para mostrarnos que el proyecto modernizador, patrocinado por el rentismo, redujo las posibilidades culturales de la libertad a lo específicamente político, dejando el terreno listo para la servidumbre. Cómo concebir una ruptura radical con ese orden histórico, es la apuesta de Martínez Meucci. En un análisis autocrítico y deconstructivo, explora las posibilidades de concretar un proyecto específicamente político para una Venezuela “post-totalitaria”, desde un partido político liberal, que no ve aún en el panorama, para articular su promoción y realización.

Les sigue un grupo de trabajos que acentúa aspectos sectoriales de la experiencia liberal en Venezuela. Gustavo Villasmil nos ofrece una propuesta de la “sanidad decente” que requiere el país, que consideramos esencial ante la adversidad que padecemos en este 2020. La concibe como un “sistema sanitario competitivo”, cuyas posibilidades podrían consolidarse en el país, pero que requieren de un liderazgo para su efectividad que es preciso convocar. Guillermo Rodríguez González examina cuidadosamente una materia que no podía faltar en esta edición. Analiza la relación, siempre difícil y estimulante, entre el petróleo, la libertad y la propiedad en Venezuela. Muestra las transiciones al socialismo en sus dos etapas, y las exigencias del “consenso cultural” para una transición hacia el liberalismo, muy compleja pero posible. Andrea Rondón nos comenta, en un sentido más íntimo, cómo el derecho, la propiedad y la cultura se han enlazado en su experiencia liberal, a través de su formación intelectual y su labor en Cedice Libertad. Termina este grupo de trabajos con el estudio de Douglas Gil Contreras, sobre una de las experiencias más libertarias que se han realizado en la historia reciente del país: la desobediencia civil de 2014, conocida como “La Salida”. Realiza un examen de los fundamentos liberales orientado hacia el modelo inglés y el modelo francés para abordar, desde esas “racionalidades políticas”, cómo se ha favorecido, en América Latina y Venezuela, el fortalecimiento del Estado del modelo francés, sobre la sociedad civil y las libertades básicas.

Cerramos esta edición aniversaria con los ensayos que invitan a la discusión filosófica que esperamos siga a su publicación. Argenis Pareles diserta sobre tres principios funda-

mentales del espíritu liberal, con la generosa liberalidad y el rigor filosófico de una ética para la libertad que distingue a su filosofía, sobre la dignidad humana, la tolerancia y la justicia entre nosotros. Roberto Casanova nos ofrece una defensa al liberalismo que termina “liberándolo” de falsas creencias y acusaciones, en el marco del debate contemporáneo. Propone los lineamientos del “desafío político” que debe abordar el liberalismo venezolano con mirada propia y exento de entelequias. Prosigue el ensayo, también desde la intimidad, de Gladys Villarroel, pero esta vez de la mano de los clásicos liberales de mayor estudio en el país. Ofrece un recorrido por textos y experiencias que deja elementos para una discusión liberal que considero ineludibles. Finalizamos con Jo-Ann Peña Angulo y su ensayo sobre “La rebelión de Atlas y la experiencia liberal en Venezuela”, un decantado comentario a esa extraordinaria obra de Ayn Rand, a través de las circunstancias que hilan las cuatro cláusulas del terrible Decreto 10.289, y sus sorprendentes paralelos históricos en la Venezuela bajo el dominio de la revolución socialista.

Esta compilación de reflexiones y propuestas sobre *La experiencia liberal en Venezuela*, en este trigésimo quinto aniversario de Cedice Libertad, es también un homenaje a quienes la fundaron y presidieron, abriendo los primeros surcos para que la libertad diera frutos. A su presidente fundador Oscar Schnell, quien sentó las bases medulares que aún sostienen a la institución. A Jesús Eduardo Rodríguez, presidente visionario de lo que hoy somos, y a Aurelio Fernández Concheso, presidente entrañable a quien dedicamos el libro junto a nuestro Emeterio Gómez. Finalmente, a Rafael Alfonso Hernández, quien ha presidido buena parte de estos treinta y cinco años, siendo el artífice de la inspiración que hoy nos hace ocupar un prestigioso lugar entre los *think tanks* de alta gama mundial. Agradecemos la entusiasta receptividad y respaldo del Consejo Directivo, la disposición y amabilidad de la Gerencia General y su equipo, y la valiosa contribución de los autores. ●

- 1 Gray, J.: *Liberalism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2003, p. xii. El individualismo ha sido concebido desde el punto de vista moral desde diversas maneras en la tradición liberal. Memorabile es la carta de Murray Rothbard a F. A. Harper sobre lo que llamó “*rugged individualism*” (Modugno, R.: *Murray R. Rothbard vs The Philosophers. Unpublished Writings on Hayek, Mises, Strauss, and Polanyi*, Ludwig von Mises Institute, Auburn, 2009, pp. 49-60). Sin embargo, la ontología y la epistemología que sirve de fundamento al individualismo son generalmente ignoradas (Hayek, F.: “Individualism: True and False”, en *Individualism and Economic Order*, Chicago University Press, 1948, pp. 1-32).
- 2 No quiero expresar con esto que “los semáforos y las reglas del tránsito”, por ejemplo, también son asuntos de “cada uno”, como los socialistas alegan ante la “autorrealización liberal”. Lo que sigue aclara más este punto.
- 3 Mi concepción de propiedad sigue a Locke: “*The man seeks out, and is willing to join in society with others, who are already united, or have a mind to unite, for the mutual preservation of their lives, liberties and states, which I call by the general name, property*”, Locke, J.: *Second Treatise of Government*, Hackett Pub., Cambridge, 1980, IX 5123, p. 66.
- 4 Véase Popper, K.: *La miseria del historicismo*, Alianza, Madrid, 1984, pp. 78 y ss.

* *La experiencia liberal en Venezuela. Contribuciones para interpretar y promover una sociedad liberal* (2020), compilado por Óscar Vallés, incluye textos de Luis Alfonso Herrera Orellana, Rafael Arráiz Lucca, Gustavo Adolfo Vaamonde, Jesús María Alvarado Andrade, Bernardino Herrera León, Trino Márquez, Omar Astorga, Miguel Ángel Martínez Meucci, Gustavo J. Villasmil Prieto, Guillermo Rodríguez González, Andrea Rondón García, Douglas Gil-Contreras, Argenis Pareles, Roberto Casanova, Gladys E. Villarroel y Jo-ann Peña Angulo.

CEDICE >> CULTURA EN LIBERTAD

El legado de Ayn Rand

"Hoy, finales de marzo de 2021 cuando escribo estas notas, reitero el enorme interés a nivel mundial que siguen teniendo las novelas de Ayn Rand escritas en los años 30, 40 y 50 del siglo pasado. Esto se debe fundamentalmente a que Rand supo analizar desde un punto de vista filosófico la naturaleza humana y expresarlo a través de sus novelas"

ANDREA I. RONDÓN GARCÍA

Aunque sea reiterado y obvio escribir sobre Ayn Rand en la vinculación entre la literatura y el liberalismo, he querido escribir estas líneas presentando cómo sus novelas reflejan las bases del objetivismo como corriente filosófica, porque siempre he pensado, salvo excepciones, que en los foros liberales no destacan lo suficiente los aportes de las obras literarias de Rand para el liberalismo, y al mismo tiempo, siento que desde la literatura se le resta importancia a sus novelas.

Sobre el objetivismo

Con el impacto de sus novelas y de los ensayos intelectuales posteriores, Ayn Rand se dedicaría a desarrollar una corriente filosófica, el objetivismo, basada en la realidad objetiva (los hechos son los hechos, independientemente de los sentimientos y deseos); que la razón es el único medio que posee el hombre para percibir dicha realidad; que el hombre necesita una moralidad racional (no fundamentada en la fe); que esta moralidad –verdadera y necesaria– puede ser provista a través de la lógica¹ y que el mejor sistema político y económico es el capitalismo².

Rand crearía todo un sistema de ideas para exponer su filosofía que se iría dibujando primero en sus novelas.

Himno, originalmente titulada "Yo"

Aunque por orden de publicación, *Himno* (1946) sería la tercera novela de Rand publicada, podría decirse que sería la primera en ser concebida. De hecho, por la forma en que se estructuran sus novelas, puede verse

una evolución desde esta novela hasta su última, *La rebelión de Atlas* (1958).

No es una novela típica de Rand. No está ambientada en ningún sitio o época específica. Los personajes tienen nombres como Igualdad 7-2521 (el héroe), Colectivo 0-0009, Democracia 6-6998.

Igualdad 7-2521, quien narra la historia se refiere a sí mismo como nosotros, tercera persona del plural. Esto es muy importante porque, dentro de la historia de ficción, el suceso más importante es el descubrimiento de la palabra "Yo".

Lo que luego será contextualizado en sus otras novelas en una historia y personajes más elaborados y estructurados, Rand lo advierte en *Himno* con el descubrimiento de Igualdad 7-2521: "yo quise saber el significado de las cosas. Yo soy el significado. Yo quise encontrar la justificación de la existencia. No necesito justificación para existir, ni ninguna palabra de permiso para hacerlo. Yo soy la justificación y el permiso (...) Tampoco soy el medio para algún fin que otros quieran alcanzar. No soy la herramienta de nadie. No soy un servidor de sus necesidades..."³.

Los que vivimos

De las novelas que escribió Ayn Rand, *Los que vivimos* es la más autobiográfica –en el sentido intelectual– de todas, dicho por ella misma⁴. Rand admite que en el momento en que escribió esta primera novela sabía la importancia de la vida, ciertamente, pero no el significado filosófico, psicológico y moral de los hombres que valoran la vida y los que no lo hacen⁵. Esto lo sabría y respondería en su última novela, *La rebelión de Atlas*.

Esta vez Rand sí nos ubica en un lugar y tiempo determinados, la Rusia

soviética. Es más una novela política, y aunque todavía no muestra la profundidad filosófica para lo que sería luego el objetivismo, Rand escribió una historia universal del hombre contra el Estado y que si bien está ambientada en la Rusia soviética, también podría aplicarse a la Alemania nazi o a los Estados Unidos socialista⁶.

El Manantial

Con esta novela Rand proyectó al hombre ideal (Howard Roark) y retrató un ideal moral (pensando ya en la sociedad que crearía a través de *La rebelión de Atlas*).

A través del personaje de Howard Roark –arquitecto, el hombre como debería ser, que defiende sus convicciones hasta sus últimas consecuencias–, en las palabras que dirigió en el juicio que se inició en su contra, Rand nos habla de los tipos de hombres que existen:

"Nada nos es dado en la Tierra. Todo lo que necesitamos debe ser producido. Y aquí el ser humano afronta su alternativa básica, la de que puede sobrevivir en solo una de dos formas: por el trabajo autónomo de su propia mente, o como un parásito alimentado por las mentes de los demás. El creador es original. El parásito es dependiente. El creador enfrenta la naturaleza a solas. El parásito enfrenta la naturaleza a través de un intermediario"⁷.

La rebelión de Atlas

Ahora bien, ¿qué pasaría si los creadores de una sociedad deciden irse a una huelga porque ya no soportan más el expolio de los parásitos? De esto justamente trataría la novela más leída y famosa de Ayn Rand, *La rebelión de Atlas*.



AYN RAND / PHYLLIS CERF

Si Rand quería un enfoque personal con *El Manantial* y su preocupación era Roark; en *La rebelión de Atlas* su enfoque es más social y su preocupación es la relación de los Roarks (de los Atlas, de los creadores) con el mundo.

Como nos tiene acostumbrados la autora rusa, la novela tiene monólogos y diálogos que son las bases del objetivismo y son de un enorme valor, más allá del literario. En lo personal siempre remito al discurso de Francisco D'Anconia sobre el dinero. Fue el que más me impresionó hace más de 15 años.

El objetivismo hoy

Hoy, finales de marzo de 2021 cuando escribo estas notas, reitero el enorme interés a nivel mundial que siguen teniendo las novelas de Ayn Rand escritas en los años 30, 40 y 50 del siglo pasado. Esto se debe fundamentalmente a que Rand supo analizar desde un punto de vista filosófico la naturaleza humana y expresarlo a través de sus novelas.

Hoy en día no estamos en presencia de randianos (término que la propia Rand corregía) sino frente a serios

estudiosos del objetivismo, que también usan sus mismas herramientas. Para los que deseen ahondar en las ideas expuestas en estas muy breves notas sugiero las novelas del intelectual argentino Ricardo M. Rojas, *El Amanecer* (Unión Editorial, 2013) y *El Consorcio* (Unión Editorial, 2016); consultar los trabajos de Warren Orbaugh y seguir la intensa actividad del Ayn Rand Center Latin America, presidido por María Marty, y de Cedice Libertad. ☉

1 ROJAS, Ricardo M., *Realidad, razón y egoísmo. El pensamiento de Ayn Rand*, Madrid, Unión Editorial, 2012, pp. 60-61.

2 Ibidem, p. 55.

3 RAND, Ayn, *Himno*, Buenos Aires, Grito Sagrado Editorial, 2009, pp. 109-110.

4 Prólogo de Ayn Rand a la novela *Los que vivimos*, Buenos Aires, Grito Sagrado Editorial, 2009, p. 21.

5 Ibidem, p. 18.

6 Introducción de Leonard Peikoff a la edición de *Los que vivimos* Grito Sagrado Editorial, p. 10.

7 RAND, Ayn, *El Manantial*, Buenos Aires, Grito Sagrado Editorial, 2009, pp. 731-732.

El curioso encanto de los epígrafes falsos

"Pienso en el epígrafe porque no me explico cómo esta neodictadura de lo políticamente correcto viene apadrinada por escritores e intelectuales"

JOHN MANUEL SILVA

Me han pedido que escriba sobre la relación entre literatura y liberalismo. Me parece una oportunidad apropiada para no volver a lo de siempre; ya saben, las novelas de Ayn Rand o el cambio ideológico de Vargas Llosa. Mejor les cuento la historia de dos mentiras en las que dejé de creer: un epígrafe y los escritores como defensores de la libertad.

La edición en español que leí de *Fahrenheit 451* tenía un epígrafe: "Si os dan papel pautado, / escribid por el otro lado", que pertenece al poeta español Juan Ramón Jiménez.

El verso siempre me gustó porque significaba rebeldía. Era el epígrafe perfecto para esa novela.

Con la llegada de internet y mis relecturas a la obra de Bradbury, quise leer el poema original del que salía el epígrafe, pero nunca di con él. Una tarde, mientras leía sobre un tema relacionado con la música, supe que "papel pautado" es como se llama a las hojas donde van escritas las notas musicales.

Aquella revelación me llevó a rein-

terpretar el poema de Jiménez. Y más que reinterpretarlo, me hizo no comprenderlo; porque hasta el momento pensaba que se refería a un papel pautado por alguna autoridad.

Por mera deformación profesional, asumí que la palabra estaba siendo usada de la misma forma en que se utiliza cuando tu jefe te "pauta" el tema sobre el que escribirás. Llegué a imaginar que un papel pautado era algo así como la orden de un superior, un papel que venía acompañado con una directriz que indicaba lo que debía ser escrito encima.

Pero no solo fue sesgo personal, el epígrafe indicaba eso. "Si os dan papel pautado, escribid por el otro lado", es indudablemente un llamado a la rebeldía. ¿A qué se refería el poeta?

No fue sino hasta 2016, cuando leí un artículo del escritor mexicano Luis Miguel Aguilar Camín, que obtuve luces sobre el tema. Camín tenía la misma duda que yo y había hecho una investigación publicada en su columna "El camaleón peripatético", del diario *Milenio*.

Camín, que desde que leyó la no-

vela en los años setenta anduvo buscando el origen del poema, recibió una nueva edición (editada en 2015) de la obra de Bradbury, publicada por Random House y con guía didáctica de Maribel Cruzado. Apenas tenerla entre manos se fue a ver los apuntes sobre el epígrafe y descubrió con desencanto que no había ninguno. Pero el poeta (el mexicano, no el español) había recibido pistas sobre la muy probable fuente de la frase.

En primer lugar no era un poema, sino un aforismo, publicado en el año 1920 en la revista *España*. El aforismo era: "Si te dan papel rayado, escribe de través; si atravesado, del derecho". Bradbury lo había leído y traducido al inglés como: "If they give you ruled paper, write the other way". El traductor, Francisco Abelenda, no se tomó la molestia de ir a la fuente original del epígrafe, sino que lo *tradujo-inventó* partiendo de la obra original. En las sucesivas ediciones en español se respetó esa traducción y no se investigó el epígrafe. En la nueva edición de Random House había una nueva traducción a cargo de Alfredo Crespo. Este nuevo traductor tampoco fue a la fuente y el error persistió.

La frase real, el aforismo, es menos luminoso, y sin duda menos rebelde. Porque ya no se trata de contravenir una orden sino de un simple cambio de uso. La realidad despojó de épica al poema inexistente.

Últimamente pienso mucho en el epígrafe falso cuando leo noticias sobre los estragos que los cruzados de la corrección política causan en algún lugar. Y no me refiero tan solo, a los logros coactivos, como los cineastas despedidos por tuits que escribieron hace diez años, las investigaciones censuradas en universidades, los intentos de reformas legales que se han discutido en algunos países y que pretenden regular el lenguaje, los nuevos códigos de habla que se aplican en universidades y empresas privadas, etc. Me refiero, especialmente, a cuando los políticamente correctos logran su objetivo: sembrar el miedo, callar los discursos incómodos, acobardar a los que se expresan libremente y humillar a la gente forzándolos a "disculparse", luego de que una horda les acusara de fascista. Y no por realmente serlo, sino simplemente por disentir; sea desde la derecha, desde el liberalismo, o incluso, como el caso de la autora de Harry Potter, desde una izquierda un poco más moderada.

Pienso en el epígrafe porque no me explico cómo esta neodictadura de lo políticamente correcto viene apadrinada por escritores e intelectuales. De hacer novelas como *Fahrenheit 451*, sobre el horror de la quema de libros, a la celebración de la quema de otros libros, el despido de disidentes y el aplauso a la censura. Es como si la realidad no solo hu-

biera despojado de épica el epígrafe inexistente, sino también al papel de los escritores e intelectuales en el mundo occidental.

Este es un tema que desde hace años me ha causado un profundo malestar. Como el epígrafe aquel, despertar a la realidad de que casi todos los escritores que admiraba eran aplaudidores de tiranías y defensores de genocidios, fue un desengaño amargo. Yo crecí creyendo en la imagen de Guy Montag, rescatando un libro como símbolo de una libertad que debe ser preservada frente a las llamas. El sentimiento me sigue acompañando en estos días, en los que uno ve a los escritores e intelectuales defendiendo "cancelaciones", despidos y obras sacadas de circulación, ante la acusación –muchas veces ridícula como en el caso de *Matar a un ruiseñor*– de ser ofensivas.

Como dije, me gusta más el epígrafe inventado, el falso, que sin embargo contiene una gran verdad: Si os dan papel pautado, escribid por otro lado. Siempre hay que tener eso en mente, y volver entonces a Ayn Rand, Vargas Llosa y cualquier otro escritor dispuesto a desentonar de una sinfonía opresiva cada vez más monótona. Porque sí, tal vez sean pocos y probablemente nunca dejen de ser estigmatizados, pero los escritores liberales son de esos pocos que se creyeron, como yo, el epígrafe que nunca existió. ☉

CEDICE >> CULTURA EN LIBERTAD

Del buen salvaje a la buena diáspora: Carlos Rangel, brújula de una catástrofe bien anunciada

"Rangel se las arregló para denunciar y analizar la falacia ideológica que ha perseguido los destinos latinoamericanos desde la conquista española. Una mezcla de mesianismo político y rescate de la pureza primitiva que no ha ocasionado sino la victimización de los pueblos y la perpetuación de regímenes autocráticos"

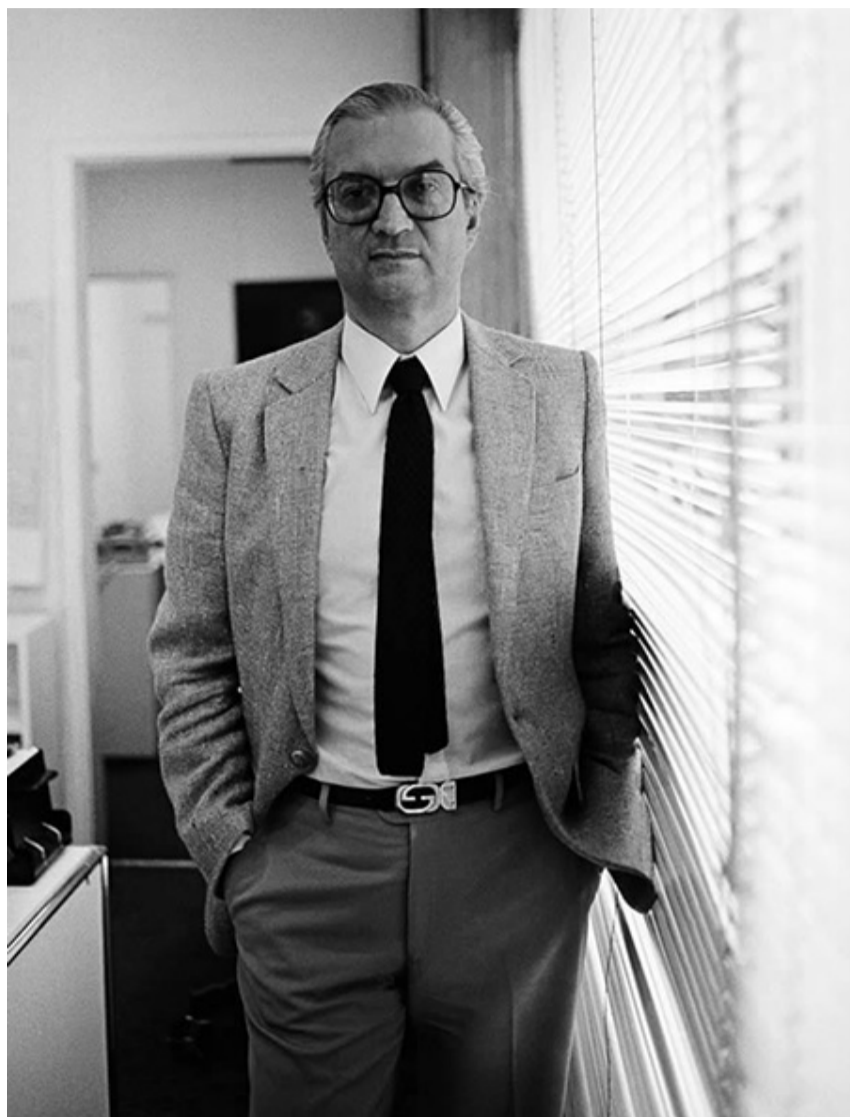
GIANNI MASTRANGIOLI SALAZAR

Entre huevos y tomates podridos, contrario a lo que perfectamente hubiera sido una grácil bienvenida de palmeras en Jerusalén, Carlos Rangel fue abucheado por los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela tras la publicación de su obra *Del buen salvaje al buen revolucionario*, en 1976. Una colección de insultos que se extendería hasta fin de siglo –por no decir hasta épocas recientes–, amedrentamientos verbales –incluso de corte académico– dirigidos al autor, en primera instancia, y luego hacia su esposa, Sofía Ímber, una vez fallecido aquel. Como quien hubiera olfateado la próxima consumación de sus temores intelectuales más profundos, Rangel se las arregló para denunciar y analizar la falacia ideológica que ha perseguido los destinos latinoamericanos desde la conquista española. Una mezcla de mesianismo político y rescate de la pureza primitiva, que no ha ocasionado sino la victimización de los pueblos y la perpetuación de regímenes autocráticos. *Del buen salvaje al buen revolucionario* es un llamado de atención a la conciencia; un libro nacido en un país que posteriormente se convertiría en la total antítesis de sus planteamientos. No obstante, pese a la sordera en la cual está sumergida Venezuela, las conclusiones de Rangel acerca de la aplicación de un sistema liberal razonable sirven de brújula para la conducción de los contextos venideros, sobre todo en lo que concierne a la literatura nacional. En una catástrofe

como la venezolana, aliñada de nostalgia y frustración, la denominada "escritura de la diáspora" tiene el compromiso de no solo recordar las glorias de un pasado económico remoto, sino también la de desmontar, de una vez por todas, el mito de salvación. En este sentido, ¿qué podemos aprender los literatos actuales a través de las reflexiones de Carlos? ¿Será que este autor nos invita a una redacción más acorde y menos apasionada? ¿Será que, en nuestros párrafos de exilio, se esconde todavía ese infantilismo histórico que nos impide ser responsables de nuestras propias angustias?

La libertad inalcanzada

En detrimento de los clásicos resúmenes curriculares, es meritorio esbozar la asombrosa versatilidad del pensamiento de Carlos Rangel. Ensayista, diplomático, docente y periodista, Carlos marcó pauta en las discusiones sociopolíticas y culturales de la centuria que nos antecede. Su compromiso por la lucha democrática, que involucró la corrección de las desfachateces intervencionistas por parte del Estado, se reflejó tanto en tratados escritos como en televisión, destacándose las emisiones del programa *Buenos días*. Delante de los festejos revolucionarios exportados desde Cuba y la Unión Soviética, la defensa de la terquedad lo condujo a formar un compendio de reclamos bien fundamentados con relación al marxismo. En esencia, después del lanzamiento de *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Rangel desmascaró las utopías sobre las cuales



CARLOS RANGEL / ©VASCO SZINETAR

la izquierda regional ha logrado construir su éxito político: de partida, la exaltación de la memoria indígena como supremacía identitaria de los latinoamericanos –ignorando la engranada influencia europea–, y luego la propuesta de hombre nuevo, revolucionario, como respuesta ante la explotación imperialista de los Estados Unidos. La conjugación de ambas aristas ideológicas ha devenido, según Carlos, en la ineficiencia de las antiguas colonias españolas por consolidar sistemas democráticos sostenibles y propios a la realidad del continente. "Los latinoamericanos [escribe] no estamos satisfechos con lo que somos, pero a la vez no hemos podido ponernos de acuerdo sobre qué somos, ni sobre lo que queremos ser". Las concepciones extraterri-

toriales implantadas en los países hispanos desde el arribo de Colón a Las Indias, dictadas por la creencia de "paraíso terrenal" y "salvajes nobles", ha desembocado en el fracaso que hoy día son dichas naciones. Por escandaloso que parezca, los años han dado razón al pesimismo del autor: la *América española* aún piensa que, de no haber sido por los diversos factores exógenos corruptos, la tierra sería platea de orgullo y felicidad absolutas. "El daño no sería tan grande [prosigue Rangel] si nuestras leyendas no se hubieran convertido, a través de los años, en los venenos con que se alimentan los mismos latinoamericanos"; de allí que, en vez de aceptar la configuración histórica que deriva de la unión –equitativa, quizás– entre la sociedad occiden-

tal y los residuos indígenas, nos empeñamos en adoptar una referencia arquetípica que es, a fin de cuentas, una humarada de fantasías. Para explicar este fenómeno, Carlos adjudica al deseo de culpa la tradicional vía de escape. En otras palabras, la responsabilidad de las penurias existencialistas latinoamericanas recae siempre sobre los hombros del denominado explotador, mas no así sobre quienes se autodenominan como mártires.

Una literatura "de golpes de pecho"

La manía de culpar al otro por las desavenencias de quinientos años de historia ha sido la bandera electoral de las hordas revolucionarias que se han constituido en el poder. Y si bien los acontecimientos actuales en Venezuela han hecho reflexionar a nuestros escritores acerca de la necesidad de instaurar estructuras más independientes del Estado, la idea de *combate al enemigo* yace todavía sobre la mesa. La política es entendida como una sucesión entre malos y buenos y no como la participación de la ciudadanía en ejercicio pleno de sus libertades económicas y sociales. Puede que el venezolano haya despertado de su éxtasis marxista. No obstante, la vergüenza que causa asimilar protagonismo en la hecatombe social del país hace que, lejos de asumir riendas, apostemos al sueño de república rica y abatida por el pillaje de unos cuantos. Específicamente, la literatura de diáspora parece recostarse de una fábula que ha evolucionado de El Dorado y corral estadounidense, a paraíso petrolero, cuando en realidad el chavismo se transformó en regla por apoyo mismo de las masas. Chávez, que pasó de mesías a vendedor de almas, surgió como causa de la confusión sociológica expuesta por Rangel; confusiones, vale decir, todavía vivas. Por ende, si la literatura venezolana desea redefinir las equivocaciones nacionales más contemporáneas a través de las letras, debería despegarse de su cólera victimista y plantear observaciones cuya acción empiece por quienes escriben. Con todo, el cambio se obtendrá con la pérdida del miedo y, por consecuencia, con el cese de la nostalgia y el romanticismo. ☉

Las taras del alma

"Los temas de la diáspora, la xenofobia y el racismo me hicieron protagonista de algo que nunca imaginé vivir, así como a muchísimos venezolanos, y quizás esto se viera minimizado si las leyes se cumplieran, si la separación de poderes se hubiera implementado, si el nepotismo fuera inexistente en nuestro patio, con lo cual posiblemente el éxodo venezolano no hubiera sido tan dramático y masivo"

JASON MALDONADO

Gran parte de lo que aparenta ser idealismo es amor encubierto al poder
Bertrand Russell

Cuando llegué a Chile, al aeropuerto para ser preciso, me llamó la atención que había varias taquillas habilitadas exclusivamente para los haitianos, que al momento de mi llegada se contaban por cientos. No sabía el porqué de la abrumadora presencia y a nosotros los venezolanos no nos odiaban tanto. Al poco tiempo entendí de los convenios trazados entre Chile y Haití, de los cuales se vieron beneficiados en buena medida los isleños, razón por la cual (no sé ahora) parecieran mayoría

con respecto a los inmigrantes venezolanos. Aquí en el sur, donde escogí vivir, ese sentimiento de desprecio se siente menos, pero incluye inevitables e incómodos momentos, al punto que en tres años de vida por estos lados solo he vivido un episodio de xenofobia.

Este prolegómeno me lleva a recordar el libro *Sables y utopías* de Mario Vargas Llosa, especialmente dos artículos. El primero es "Haití, la muerte" y abre con estas palabras: "No hay en el hemisferio occidental y acaso en el mundo, caso más trágico que el de Haití. Es el más pobre y atrasado de los países del continente y en su historia se suceden dictaduras sanguinarias, tiranos corrompidos y crueles..." Dicho artículo lo escribí en abril de 1994 y habría que ver si conserva su vigen-

cia, o si, por el contrario, pudiera sustituirse el país protagonista por Venezuela, que, a más de veinticinco años de la hechura del texto, nuestro país (des)luce en sus propias ruinas. Nuestra tragedia pasa, y esto sonará contradictorio, por el exceso de recursos naturales (recuerden la célebre frase de Uslar Pietri) y, obviamente, por las pésimas políticas de estado, la falta de gerencia y la inefable corrupción; pero también, está la abominable semejanza cuando Vargas Llosa se refiere a las "dictaduras sangrientas" que a la vista de tantos hechos deleznales, no hace falta que redunde en ejemplos.

El segundo artículo al que quiero referirme es a "Bostezos chilenos", escrito en Lima, 2006. Aquí Vargas Llosa utiliza el somnífero verbo en tanto aburrimiento que no sueño, es decir, al tedio que le causaba Chile desde el punto de vista de una normalidad total en donde no sucede nada extraordinario porque todo marcha bien. Desde 2006 que fue escrito el texto hasta los disturbios y manifestaciones de 2019 apenas pasaron trece años. Resulta más que obvio y necesario que el país, sus gobernantes, revisen sus políticas para evitar el colapso de una nación que, en apariencia, viene en subida (¿o venía?). Me aventuro a decir de modo temerario que incluso la pandemia del Covid-19 le vino bien a Chile para apaciguar los ánimos de la gente y con ello evitar momentáneamente que siguieran ardiendo las calderas. En el caso de Venezuela resultó más que evidente lo oportuno de esta debate mundial: mayor control del que tienen sobre todo y todos. El referido artículo termina con

estas palabras: "¿Quién como los chilenos que ahora buscan experiencias fuertes en la literatura, el cine o los deportes en vez de la política!", pero basta con echar una mirada a las noticias para dejar en claro que alguien (o algo) pisó el freno a un país que todavía parece ir en ascenso con respecto a otros países de Latinoamérica. Pero cuidado, hay quienes levantaron estas pancartas en el referido estallido social: una que decía "Constituyente ya" y otra más que elocuente: "Sigamos el ejemplo de Venezuela". No hay nada más atrevido que la ignorancia.

Todo pasa por el delicado tamiz de la libertad. Emil Cioran dijo que "la libertad es como la salud: solo tiene valor y se toma conciencia de ella cuando se pierde", y vaya que en el caso venezolano hemos tomado conciencia de ello, pues estamos claros que en nuestro país no existe una sociedad abierta, ni hay libre prensa y las leyes son una suerte de nebulosa que los más astutos se saltan con la garrocha del poder. No se puede pretender ser liberal en lo económico cuando en el campo político se es dictatorial. Es un contrasentido que evidencia su desastre en el día a día del ciudadano de a pie y hasta de los más aventajados. Los temas de la diáspora, la xenofobia y el racismo me hicieron protagonista de algo que nunca imaginé vivir, así como a muchísimos venezolanos, y quizás esto se viera minimizado si las leyes se cumplieran, si la separación de poderes se hubiera implementado, si el nepotismo fuera inexistente en nuestro patio, con lo cual posiblemente el

éxodo venezolano no hubiera sido tan dramático y masivo. Vargas Llosa dice en el referido libro: "El progreso, desde la doctrina liberal, es simultáneamente económico, político y cultural, o, simplemente, no es", y en este orden de ideas, el progreso del cual fue partícipe Venezuela quedó de lado quién sabe hasta cuándo.

Quisiera terminar estas líneas sugiriendo la lectura de *La montaña mágica* (Thomas Mann), libro que está a tres años de cumplir un siglo de haber sido publicado por primera vez. Allí verán a dos personajes maravillosos, tutores intelectuales de Hans Castorp, su protagonista, para hacerlo pensar y reflexionar sobre las cosas más importantes de la vida: el masón Lodovico Settembrini y el judío converso al cristianismo Leo Naphta, su antagonista radical y totalitario, cuyos ideales pasan por la anarquía y el comunismo. No faltarán los diálogos profundos y reflexivos que harán dudar al joven aprendiz entre lo que sabiamente refiere Settembrini y el implacable sofista Leo Naphta. De *La montaña mágica* cito apenas dos frases más que repetidas hasta el cansancio: "Procure recordar que la tolerancia se convierte en un crimen cuando se tiene tolerancia con el mal", dice Settembrini, y "Todo es política". Es un libro que coloca en la nariz del lector algunos fundamentos del liberalismo, aunque este no sea el tema principal. Vaya entonces esta sugerencia para ustedes y en cuanto a las taras del alma habrá que seguir luchando contra ellas. ☉

CEDICE >> CULTURA EN LIBERTAD

La libertad de leer

"Bajo una premisa tan fundacional, este sea quizá un pequeño relato de gratitud a los muchos libros que me han acompañado, que me han mostrado rincones insospechados de mí misma, y me han predispuesto a defender aquello en lo que creo"

NASLY USTÁRIZ F.

El poema gana si adivinamos que es la manifestación de un anhelo, no la historia de un hecho
J.L. Borges

La verdadera vida, la vida por fin esclarecida y descubierta, la única vida por lo tanto plenamente vivida, es la literatura.
Marcel Proust

I Los recuerdos felices más antiguos que puedo articular están atados a los cuentos de hadas. Para una niña flaca y larguirucha que creció en un pequeño apartamentico en Los Laureles, de una Caracas amable e irrecuperable, rodeada de hermanos, padres, tía, prima y largas visitas de una abuela de genio vivo y mano suelta, los libros siempre fueron refugio y compañía¹. A mi querida tía Elia, le debo entre tantas deudas de imposible pago, de esas a las que aludía Cela, la relación amorosa más larga y estable de la que tengo memoria, la que al día de hoy mantengo con los libros. Su lectura incansable en voz alta de los cuentos que ella misma me compraba, se erigió como un don ataviado de palabras, una llave mágica que me trasladaba a bosques, castillos, torres, casitas de chocolate, poblados de duendes, brujas, gigantes. Los libros eran puerta y eran llave a otros mundos que ni siquiera se intuían fuera de aquellas páginas. Por eso cuidaba primorosamente mis libros y mi modesta felicidad de entonces se centraba en verlos apilados cerca de mi cama y en saber que cada 11 de agosto recibiría libros como regalo de cumpleaños.

Siempre pensé que una manera de describirme, quizá con piadosa precisión, era como una niña que leía. A diferencia de mis hermanos y prima, diestros en metras o patines, en baile o en bicicleta o en pelotica de goma, yo leía. Primero cuentos de hadas y rimas infantiles, luego adivinanzas y fábulas, después novelas; todo un universo de color y abundancia que, a la manera de Aladino y su alfombra, me sacaban de una realidad más gris, más monótona, menos rica y variada y me llevaban a mundos insospechados de olores y formas diferentes, lejos de ese otro que se divisaba a través de las ventanas. Los libros me proporcionaban las alas y la autonomía que la vida precaria era incapaz de poner a mi alcance, me permitían moverme en el tiempo, como los automóviles se mueven en el espacio, y conocer así a Jane Eyre o a Jo March, a la Carmen Rosa de MOS, o conmovirme hasta las lágrimas con la pequeña vendedora de fósforos y sentirme amiga y cómplice de gentes de otras épocas y otros reinos, tan reales como mi familia. Como una jovencísima Emma Bovary, yo anhelaba otra vida, otras cosas y los libros saciaban en parte esa ansia, a la vez que ponían nombre y daban forma a las emociones y sensaciones nuevas que se agitaban en mí, me ayudaban a reconocerlas, a articularlas. Esa voz propia, individual y única que llevamos por dentro, tiende un puente hacia el exterior gracias a la lectora que fui, a la que soy, a la que seguiré siendo. Al final contar las historias que llevamos por dentro, es una forma de contarnos a nosotros mismos.

II Bajo una premisa tan fundacional, este sea quizá un pequeño relato de gratitud a los muchos libros que me han acompañado, que me han mostrado rincones insospechados de mí misma, y me han predispuesto a defender aquello en lo que creo, o me han sacado de errores diversos, pero que han ido a parar a otras manos, o bien se perdieron en el tiempo. A los otros que aún me esperan pacientes en mi biblioteca de Caracas, y a algunos más que han viajado hacia mí en la



LA LISEUSE - PIERRE AUGUSTE RENOIR / MUSÉE D'ORSAY, PARIS

bodega de un barco desde el Río de la Plata hasta el norte de esta América donde ahora habito. En Buenos Aires, ¿dónde si no?, intenté recomponer una modesta biblioteca nueva, en medio de un cierto luto por los libros que una maleta, aun varias, no alcanzaban a contener. En ella, gradualmente, empezaron a reinar unos pocos clásicos de bolsillo, y mucho de Borges y de Onetti, de Piglia, también de Hayek, Mises y Rojas, conocí a Arlt y a Bioy Casares, a Pizarnik y a las Ocampo, retomé a Rand y Krause. Y empecé de nuevo a releer, mi hambre de lectura siempre pantagruélica me hacía comprar más libros de los que mi escueta rutina me permitía abarcar, pero, en cuanto a esa avidez, siempre he pensado que se trata del paso previo y anhelante hasta la siguiente lectura que me deslumbrase, esa que puede estar al alcance de un anaquel mío en el que ya me aguarda, comprado, prestado o regalado el próximo libro. El libro que ya posees tiene la mejor oportunidad de ser tu próxima lectura. A tal fin, los vastos espacios de La Rural, en Plaza Italia que albergaban cada año la Feria del Libro porteña me permitieron, además de conocer y escuchar en vivo a Pérez Reverte, Vargas Llosa, Coetzee, Villoro, Montero, entre otros, salir en cada otoño sureño con maravillas para mí y para otros. Los míos, de temas diversos, aguardaban en paciente fila de espera, mientras me adentraba con asombro en el mundo especular, ignoto, individual y laberíntico de Jorge Luis Borges, el escritor que más me ha acompañado en el destierro voluntario. Ese que acompañaba con sus textos de sabor decimonónico nostalgias y congojas de una expatriada que aún hoy no entiende que seducción perversa fue insuflada en los venezolanos que no pudieron reconocer el alto precio que nos sería cobrado por apostar, una vez más, a la *Herencia de la tribu*². Borges era el escritor/lector que, con su gesto subversivo de no enaltecer los localismos, con la fuerza de sus sugerencias, albergaba la ilusión de un albedrío voluntario para cada individuo. Mucho después, cuando la barbarie se instaló de nuevo en mi país reafirmé dolorosamente, ante la pérdida y el despojo, lo genuino de su postulado: "Solo los individuos existen, si es que existe alguien".

III Es ya un lugar común esa consigna popular en torno a los libros de que hay dos clases de tontos: los que los prestan y los que los devuelven. En mi caso, como el Jano bifronte, cumplo de manera entusiasta con las dos caras de esa moneda, pero reconozco que, como las sirenas de mis lecturas infantiles, se está volviendo una práctica ilusoria, quizá condenada a la extinción, ante una sobrevenida imposibilidad de devolución

“

Los libros eran puerta y eran llave a otros mundos que ni siquiera se intuían fuera de aquellas páginas"

oportuna. Resulta que mi país, esa amalgama de recuerdos que solo vive en mi cabeza, se ha vuelto, en la práctica, un lugar de acceso restringido, y como en el jardín de aquel gigante egoísta recreado por Wilde, cada vez es más difícil entrar en el lugar en el que alguna vez jugamos a ser felices. Las barreras son imprecisas pero eficaces y aquellos a quienes la vida nos ha impulsado en formas variadas a vivir cada vez más tiempo fuera de Venezuela, hemos ido comprendiendo que el que se va, está obligado a viajar con la carga más ligera posible, apenas lo que en cada travesía pueda acomodarse en una maleta de 23 kilos y con suerte un *carry-on*. En tan precario espacio los libros han sido siempre indispensables, pues es bien sabido que no hay compañero de viaje más entrañable que el libro apropiado. No obstante, y sin certeza previa sobre cuál sería el espíritu con el que se enfrentaría uno a vuelos interminables o salas de embarque atestadas, solía optar por llevarme como equipaje de mano varios libros, tres, cuatro, hasta alguno más, propios o en préstamo, para que fuera mi ánimo azaroso el que eligiera en el momento preciso en el que ya hubiera completado los rituales de aduana y despedida, la historia que tendría el poder de trasladarme y sacarme de allí mucho antes de que mi avión despegara.

El ritual que sigo es mucho más módico y escueto que el de Anna Karenina cuando vuelve a su casa desde Moscú a San Petersburgo, sin saquito rojo, ni almohadón para las rodillas ni manta para las piernas, cuando "le pidió a Aniuska la linternita que sujetó en el brazo de la butaca y sacó de su bolso un cortapapeles y una novela inglesa". Ubico una silla con vista al mostrador de la aerolínea, saco yo misma de mi bolso la novela (o el libro de cuentos) que me hable y me enamore entre los varios que me cortegan

en silencio, el elegido como pareja, pues es en el viaje, es en la espera y en el traslado, donde logro una compenetración con lo leído y con las otras vidas narradas, que a veces es esquivo en lo cotidiano. Esa intimidad en medio de una multitud, esa cofradía con otros lectores que antes que yo se regocijaron con las obras leídas, me hace comprender que la lectura, como la vida adulta es una experiencia individual, personalísima, pero que, a la vez, me hermana con otros lectores, ya sean de la vida real o de la ficción. Piglia no duda en calificar a algunos de estos últimos como "héroes de la subjetividad moderna"³. Por su parte, Borges reflexionaba sobre el significado de "Sentir al mismo tiempo lo multitudinario y la soledad" cuando recordaba al famoso detective Dupin, de Poe.

La última vez que salí de Caracas tuvo mucho más de aventura y de sobresalto que de ese ritual de aislamiento lector a la manera de Tolstoi, de ese ejercicio de libre albedrío que te permite escoger a tu compañero de ruta. El cierre de fronteras y aeropuertos hizo forzosa la travesía ligera, el equipaje de mano como opción única. En tan precaria circunstancia, solo dos libros encontraron espacio entre mi bolso y el maletín de mano, y uno de ellos me fue encomendado devotamente por uno de mis amigos entrañables, con la consigna de devolverlo en la próxima vuelta. Por supuesto, ya lo leí y lo releí, un poco en el largo y expectante regreso a mi nuevo país de acogida –que es mucho más Javier que Estados Unidos– y un resto en la cotidiana rutina claustrofóbica a la que esta nueva peste nos ha forzado, siempre atenta a reprimir el deseo de subrayar y destacar las partes más luminosas. El libro no es mío, debo devolverlo intacto o casi a Ramón, así como tengo aun libros de Ángel, de Flavia, de Andrea, de Serviliano. No sé cómo y menos cuándo será mi próximo viaje a Caracas, pero mi compromiso con la devolución de los ejemplares prestados es firme porque son las ideas, las historias que a través de sus páginas he vivido las que ahora ya son mías, de las que me he apropiado y que me han permitido vivir otras vidas, viajar a lugares geográficos o míticos, pero tan reales y accesibles a través de sus páginas, como lo era Buenos Aires para el dedo mágico con el que Mami se movía, según nos cuenta Onetti en *La vida breve* "Con la punta del dedo paseaba a lo largo y a lo ancho por la capital".

Los libros y el respeto a la palabra empeñada forman una parte indisoluble de quien soy, así que debo encontrar la fórmula para regresarlos, pero tomará un tiempo. Por eso decía antes que tenía que las circunstancias actuales estuvieran por dar al traste con ese credo de confiados prestamistas y prestatarios de libros que insistimos no solo en ello sino en el libro, ese instrumento –el más asombroso– del hombre según Borges, "una extensión de la memoria y de la imaginación". En mi caso, la insistencia en devolver los préstamos se debe a que lo que ellos felicitaban me ha sido revelado, la riqueza y la felicidad de la lectura han hecho ya su parte en mí y me han contado en susurros un capítulo más de esa incesante historia, que forma parte de ese "solo poema infinito erigido por todos los poetas del orbe", como sostenía Shelley.

En su ensayo, *La verdad de las mentiras*, Vargas Llosa postulaba que, a diferencia de la ciencia y la técnica, incapaces de cumplir una función social integradora debido a lo infinito del conocimiento y la velocidad con que evolucionan, la literatura constituye uno de esos denominadores comunes de la experiencia humana; para el peruano "Ese conocimiento totalizador y en vivo del ser humano hoy, solo se encuentra en la literatura". Postula el rol de la literatura como uno de los más enriquecedores quehaceres del espíritu, y además como una actividad irremplazable para la formación de un ciudadano y de individuos libres. Por su parte, Borges en su ensayo dedicado al libro, afirmaba que la literatura es una forma de alegría. Y citando a Emerson expone la luminosa noción de que una biblioteca es una especie de gabinete mágico en el que "están encantados los mejores espíritus de la humanidad, pero esperan nuestra palabra para salir de su mudez". La oportunidad de elegir dialogar con los mejores hombres y mujeres solo requiere que abramos el libro y los desperitemos, depende de nuestra elección.

Tal vez, así como en su condición inasible e inacabada de arte, la literatura quiere susurrarnos algo que no alcanzamos a captar a plenitud, de igual forma la libertad solo es percibida como ese atributo que nos hace distinguibles y humanos –individuos–, cuando la extrañamos, cuando la hemos perdido, como en la vieja adivinanza de mi niñez, que alude al silencio como aquello que solo existe sin ser nombrado. ☉

1 Me gusta pensar en esa metáfora de Piglia, "La lectura es una defensa más fuerte que una valía". *El Último Lector*.

2 Referencia al libro de la escritora venezolana Ana Teresa Torres.

3 La cita precisa es del mismo ensayo antes citado "El último lector" y en ella alude a Robinson Crusoe, quien para Piglia "al igual que Don Quijote (y que Hamlet), por ser un lector es uno de los grandes héroes de la subjetividad moderna". Pág. 153.

CEDICE >> CULTURA EN LIBERTAD

"Me cuesta plantearme el periodismo al servicio de una causa. Mal podría, entonces, admitirlo en la literatura. Este tema del compromiso es, sin embargo, de los que más me confunde: porque no creo que haya manera de escribir algo, lo que sea, que no revele una posición frente a la vida"



EROS Y PSIQUE – ANTONIO CANOVA / ARCHIVO

MARY ELIZABETH LEÓN

Lo conocí en 2008, cuando lo entrevisté para el periódico que dirigía en mi natal Carabobo. El doctor C., abogado y profesor universitario, era ya una figura del liberalismo venezolano, pero empezaría mintiendo si dijese que fueron sus ideas liberales las que me mantuvieron pendiente de él desde entonces y hasta el insospechado día de septiembre 2017, cuando me citó para proponerme un contrato de convivencia parcial, tres días a la semana, por dos meses y medio.

Todo hay que decirlo y si es de entrada mejor: hasta hace menos de cuatro años, cuando firmé el mencionado contrato, yo, digna egresada de la UCV antineoliberal de finales de los noventa, sabía más de Caracas y Magallanes que de Mises, Hayek o Rand.

A Rafael, mi mejor amigo, lo conocí cuando cursamos juntos un par de materias en la universidad. Para la época, vaya temeridad, él también ya era liberal. Fuimos compañeros de trabajo un tiempo hasta que él dejó el periodismo para ir tras su verdadera, y contagiosa, pasión: la literatura.

Por una cosa y por la otra es que, apenas me pusieron en el apuro de escribir algo sobre la contribución de la literatura al liberalismo, dos mundos relativamente nuevos para mí, la memoria me devolvió, de un empujón, a la tarde lluviosa de aquel septiembre en que le conté a mi amigo, sin revelar detalles del asunto contractual, que estaba viendo a C. El recuerdo de su voz al otro lado del teléfono se imprimió con emoción vargaslosiana: "¡Te felicito, Mary! ¡Lo mejor de todo es que estás con un liberal!"

Temo, por tanto, que Rafael, que con tanto júbilo me alentó a aprovechar la relación con C., para adentrarme en las profundidades del liberalismo, será el primer defraudado al leer este texto tan zozobante, tan personal y, encima, tan cercano a la orilla de la banalidad.

En mi descargo: en un primer momento me propuse componer un relato cautivante que arrancara con la escena de la primera vez que estuve en la espléndida casa de C., rodeada de libros, libros, libros... maravillada como Julián Sorel cuando se halló solo en la magnífica biblioteca del marqués de La Mole. Habría querido entregar una especie de adaptación digna de quienes, como yo, se siguen rindiendo a los pies de *Rojo y Negro*; pero cómo hago si no se me da la voluptuosidad de la ficción.

La verdad, los hechos reales en los que se basa la historia de mi reciente desembarco en tierras del liberalismo y la literatura no me sitúan precisamente como el protagonista de la novela de Stendhal, persiguiendo el saber. Me sitúan, apenas dos meses antes de aceptar el extravagante contrato con C., saliendo de una clínica "de reposo" a la que fui a parar,

durante una semana, vencida por la ansiedad y la depresión.

C. sabía de mi situación anímica: sabía de mi travesía por el cáncer y la muerte de mi mamá; sabía algo (no mucho) sobre el estrépito y la vergüenza de mi separación, por las muy malas, del psicópata de manual con el que viví durante muchos años; sabía que estaba deshecha psíquica y económicamente, agotada de correr tras el espejismo de un empleo bien remunerado en Venezuela. C. sabía todo eso, pero ignoraba lo de la hospitalización, porque no se lo dije.

Nada ni nadie me sacaba de la cabeza el sentimiento de derrota personal: ni el clonazepam, ni la sertralina, ni la quetiapina. Esas semanas iniciales del contrato, C. se esforzó por hacerme ver mi fracaso, el material, el que realmente me quebró, dentro del gran malogro nacional. Él, hombre de brillos y logros, me trataba con terapia psicoinflamatoria, y yo seguía sin hallar alivio; porque no hay, que yo sepa, charla ni fármaco que mitigue la frustración y la angustia que te azotan cuando, después de toda una vida partiéndote el lomo por un futuro mejor, de pronto llega el día que te pone en una cola del mercado de Guaicaipuro para poder comprar un pollo, uno solo, a precio regulado.

Sufrir en bolívares

Un sábado de noviembre, dos meses después del inicio del contrato y a quince días para su cese o renovación, C. me volvió a sorprender con una nueva propuesta, esta sí –eso dijo– estrictamente profesional. Él sabía que había sido, por años, editora en un periódico regional y que ahora trabajaba en una agencia de relaciones públicas donde llevaba las cuentas de tres multinacionales. Sabía también que ganaba/sufría en bolívares. Me preguntó el sueldo, aunque no esperó que se lo dijera para hacer su proposición: pagarme quince veces mi salario, en dólares, por un año, para que me dedicara a lo que quisiera. "Ojalá sea a escribir", dijo antes de añadir que, de lo que produjera, lo que fuera, le correspondería un 33%. La oferta era válida solo hasta medianoche.

Acepté fingiéndome empujada por el emplazamiento. Fue un papel bufo y breve que duró hasta el mediodía del domingo cuando –para poder cerrar el trato– tuve que poner sobre la mesa, además de la pena, mi salario de 370 mil bolívares: cuatro dólares y medio. El lunes eran cuatro dólares con treinta. Y el viernes 1º de diciembre, mi último día de preaviso en la agencia, ya eran tres dólares con setenta. Ese día, C. me obsequió *Cuan-*

do muere el dinero, del periodista e historiador Adam Fergusson.

Nueve días después de haber renunciado a la agencia, me encontraba en la deslumbrante Nueva York de diciembre dando un nuevo sí. Estuve una semana por allá. Regresé a la Caracas color sepia casi sin poder creer que volvía con un anillo de compromiso (no en el dedo anular izquierdo, sino bien escondido en la cartera no fuesen a robármelo ahí mismo en Maiquetía) y, además, con la ansiada posibilidad de dedicarme, por fin, a recuperarme de los largos meses de desasosiego en los que estuve pidiendo a gritos una cura de sueño.

Esto me lleva a febrero de 2018, cuando, después de varias noches de descanso muy tranquilo, yo, la madrugadora obsesiva con el trabajo, de pronto desperté una mañana en Madrid, convertida en un monstruoso insecto que dormía casi hasta mediodía. Que dormía hasta la diez, hasta las once, sin un gramo de psicotrópicos, y que visitaba librerías, paseaba por los parques y leía columnas de "Modern Love", la sección del *New York Times* de la cual me hice lectodependiente.

La otra metamorfosis comenzó también por esos días y da para una crónica más profana cuyo título podría ser: "Pasando más trabajo que periodista en casa de profesor socrático". Yo le hacía preguntas a C. Eran preguntas que por una parte mostraban mi honesta intención de responderme cuestiones importantes; pero que por la otra evidenciaban mi franca renuencia a terminar –después de tanto nadar en los mares de la imparcialidad periodística– militando en el capitalismo. El caso es que siempre obtenía como respuesta: "¿Y tú qué piensas, Mary?".

Sin dejar de consumir sobredosis de "Modern Love" y atraída por la promesa de la contratapa, donde se ofrecía "una investigación original, entre ensayo y narrativa, de los fenómenos sociales siguiendo una metodología que permite vincular los datos históricos y sociológicos con la psicopatología, a fin de poner de manifiesto las anomalías del ser humano en su totalidad biopsíquica", empecé a leer *Masa y Poder*, de Elias Canetti.

Buscando una cosa –la aproximación más o menos formal a la cultura de la libertad y de la mano de un Nobel de literatura– encontré otra mejor: las páginas del capítulo "Masa e Inflación" donde el escritor búlgaro afirma: "En nuestras civilizaciones modernas, aparte de guerras y revoluciones no hay nada que en su envergadura sea comparable a las inflaciones".

Más que un libro, *Masa y Poder* es un espejo. Basta asomarse a él para mirar nuestro desquiciante presente hiperinflacionario: "La inflación no solo hace tambalearse todo externamente, nada es seguro, nada permanece durante una hora en el mismo sitio; sino que por la inflación, él mismo, el hombre, *disminuye*".

Es tan espejo que –desde un pasado no tan lejano, los años de la Alemania nazí– es capaz de reflejar la más reciente absurdidad del socialismo criollo: el billete del millón de bolívares: "Los millones, que siempre a uno tanto le habría gustado tener, de pronto se los sostiene en la mano, pero ya no son tales, solo se llaman así. Es como si el saltar de golpe le hubiera quitado el valor al que salta. Una vez que la moneda ha entrado en este movimiento que tiene el carácter de una huida, no es previsible un límite".

Tengo casi todo el capítulo subrayado, pero si me dijese que debo quedarme con una sola cita, me abrazaría a esta: "Ninguna devaluación súbita de la persona es jamás olvidada: es demasiado dolorosa. Uno la lleva a rastro consigo toda una vida, a no ser que se le pueda echar encima a otro".

La Historia en las biografías

De *Cuando muere el dinero* sí que no me pidan una única cita porque todo el libro, desde el prólogo hasta el punto final, es para resaltar con tinta fluorescente. Narra la pesadilla de la hiperinflación en la República de Weimar, escenario durante 1922 de la mayor inflación que registra la historia europea contemporánea. Relata cómo a lo largo de cuatro años los precios subieron de manera tan irracional que a la par desataba una igualmente demencial fabricación de papel moneda y aparecía la multiplicación –en palabras del autor "casi inverosímil"– de los medios de pago privados. Y todo eso lo narra a través del cristal humano, mirando el efecto de la inflación en las familias, en las personas en su esfera individual.

Fergusson, periodista cabal, contó cuán difícil le resultó encontrar suficientes calificativos sencillos para expresar, sin incurrir en repeticiones, el penoso hilo de desgracias que padeció el pueblo alemán de aquellos años: "Lloyd George escribía en 1932 que palabras como 'quiebra', 'ruina' o 'catástrofe' habían perdido su auténtico significado, dado el uso generalizado que de ellas se hacía todos los días. Incluso el mismo término 'desastre' estaba devaluado. En los documentos de la época la misma palabra era utilizada año tras año para describir situaciones cada vez infinitamente más graves. Cuando

finalmente el valor del marco se desvaneció y la ruina se adueñó de todo, todavía había alemanes que pronosticaban una futura *Katastrophe*".

Cualquier parecido con la realidad actual venezolana es pura reincidencia. Y esto es lo que me trae al elogio de los nuevos y valientes emprendimientos de periodismo, especialmente los de género narrativo, que han apostado de manera decidida por las historias individuales. "No leáis historia; solo biografías, porque eso es vida sin teoría" (Benjamin Disraeli). Pero me deja también la inquietud de una comunicación social que –salvo excepciones casi imperceptibles– insiste, inconsciente o deliberadamente, en endosar todo cuánto informa sobre problemas y soluciones a la responsabilidad e intervención del Estado.

Me cuesta plantearme el periodismo al servicio de una causa. Mal podría, entonces, admitirlo en la literatura. Este tema del compromiso es, sin embargo, de los que más me confunde: porque no creo que haya manera de escribir algo, lo que sea, que no revele una posición frente a la vida. Mientras tanto, me afilio al PPB (Partido de Parafraseadores de Borges) y declaro: yo me definiría como una inofensiva cronista que quiere un mínimo de gobierno y un máximo de individuo.

Fue hace apenas una semana que vi *Cincuentas sombras de Grey*. Sabía de qué iba, quién no, si hasta en el metro una vez vi a una chica leyendo el libro en el que se basó la película. La tuve que ver después de escribir las primeras líneas de este artículo, consciente de que esta crónica, imposible de narrar sin basarla en el contrato con C., inevitablemente remitiría al relato de la súper famosa, y pésima, trama *bds*.

Me ocurre siempre, como cabe suponer, con los amigos a quienes he confiado parte de la historia que me sitúa, hoy mismo, en Caracas, cumpliendo aquel segundo acuerdo: Finalmente, decidí escribir acerca de todo lo que terminé arrojándome un día a una clínica psiquiátrica y también acerca de todo lo que, poco después, me permitió empezar a liberarme de las sombras del fracaso.

Por el placer que he hallado en la sumisión a la escritura, y al dolor diario de no saber si lograré ser capaz de poner en orden todo eso, es por lo único que mi historia podría forzarse hacia el sadomasoquismo. En otros órdenes hay una que otra similitud con las malísimas *Cincuentas sombras de Grey*; pero eso ya es tema para "Modern Love" o para una revista de frivolidades. ☹

COMPLEJIDAD >> UN PARADIGMA DE NUESTRO TIEMPO

El vuelo sublime de la complejidad

CARLOS COLINA

Un paradigma contiene principios y nociones claves compartidas por la comunidad científica, una noción de ontología, una modalidad y unas técnicas para aproximarse a la realidad (metodología), una manera de concebir la relación metodología-ontología y teoría. Existen revoluciones paradigmáticas que implican cambios radicales en todas esas dimensiones, tal como estableció Thomas Kuhn. De esta manera, se abre camino a una *scienza nuova*.

Las ciencias humanas permanecieron ancladas en el marco del paradigma newtoniano-cartesiano hasta finales del siglo veinte. Dentro de dicho paradigma, Newton estableció las bases físicas y Descartes, sus bases filosóficas, aunque estas pueden rastrear sus cimientos en la Grecia clásica. El filósofo, matemático y físico galo planteó separar la mente (*res cogitans*) de la materia (*res extensa*). El conocimiento se fundamentó entonces en la segmentación y especialización: se estipulaba la reducción de todo fenómeno a sus partes más simples o elementales. La mecánica clásica concibió el universo como un reloj determinista, con todos los engranajes acompasados y engranados como el *Astrarium de Dondi*.

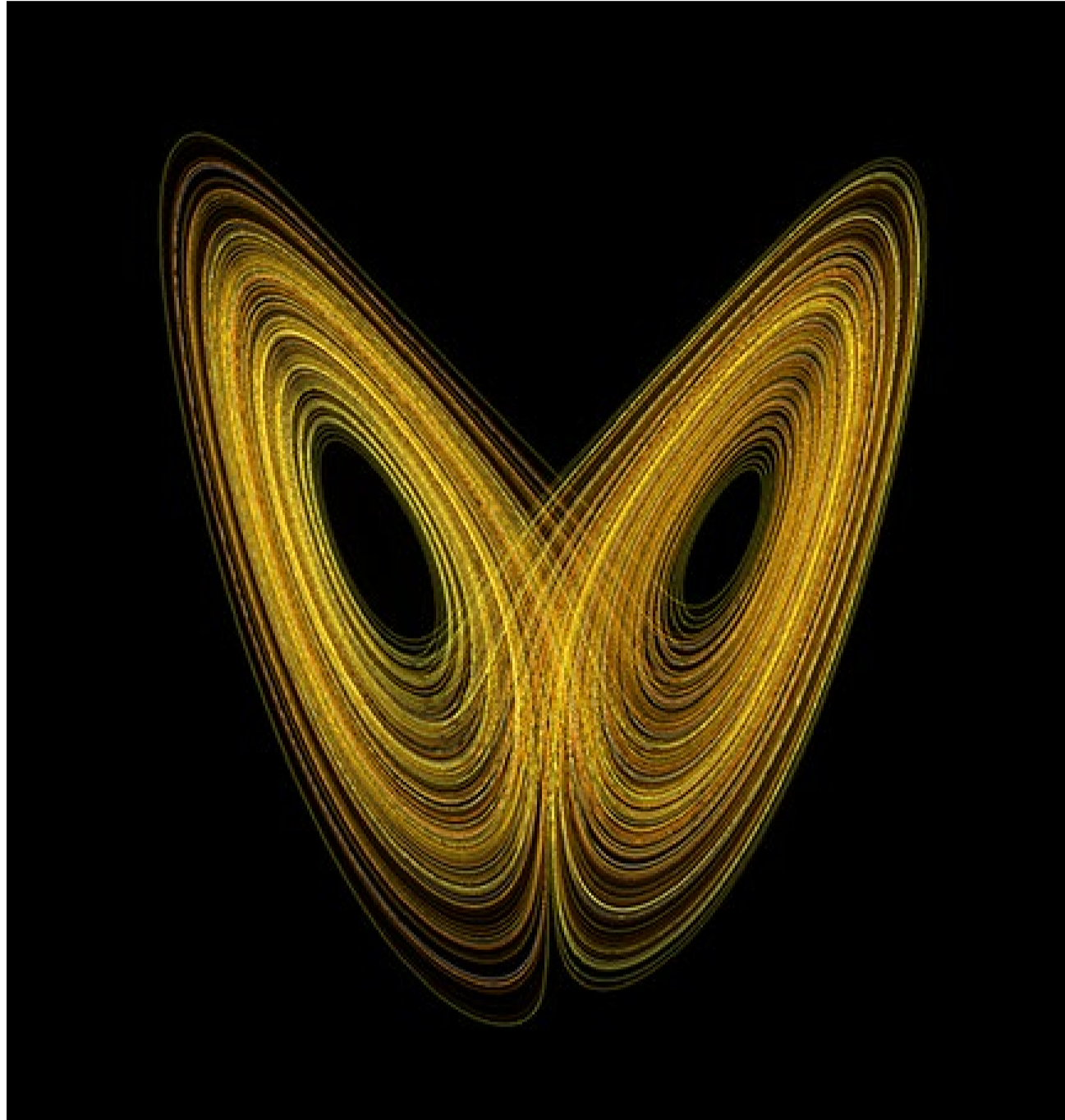
“En esa falsa percepción incurrieron tanto las sociologías del equilibrio como las sociologías críticas; las primeras para acentuar la armonía y la cohesión social, las segundas para hacer énfasis en los procesos de dominación social total (*verbigratia*, la *ratio frankfurtiana*)... No obstante, el universo no responde a esta descripción y, aunque la vida social reclama que nos comportemos como máquinas triviales, la sociedad humana es una máquina no trivial, imprevisible en momentos de crisis” (Morin, 1996:116-117)/(Colina, 2002:95).

El paradigma clásico de la ciencia identifica interacciones entre elementos de un solo universo; desconoce la irreversibilidad del tiempo, sus procesos de entropía y neguentropía; la historicidad, y el devenir de los eventos. El mundo se explica y se predice en concordancia con leyes deterministas, bajo una causalidad lineal y exterior a los objetos, que ignora la retroalimentación. La ciencia dualista y fragmentada no reconoce las interrelaciones entre los elementos de una unidad y de esta, con otras unidades. Entre las disyunciones que genera están la que se produce entre el objeto y su entorno, entre el sujeto y el objeto. Empero, los principios de la lógica formal aristotélica se han revelado insuficientes para explicar ciertos fenómenos y sus contradicciones.

En la segunda mitad del siglo XX comienzan a establecerse o fortalecerse las bases del paradigma de la complejidad, que pretende superar las simplificaciones del paradigma anterior. En principio, se rescatan algunos logros de la mecánica relativista y cuántica de décadas anteriores. Asimismo, se incorporan los hallazgos informacionales del código genético (Watson y Crick) y de la cibernética clásica o de primer orden (Norbert Wiener/Shannon y Weaver). Las disciplinas mencionadas permitirán una física de los fenómenos inmateriales que son, por cierto, contraintuitivos, es decir, se les accede a través de dispositivos y no mediante la percepción natural. La información es neguentrópica; etimológicamente con-forma, da orden. Otro pilar paradigmático fundamental es la teoría de los sistemas de Ludwig Von Bertalanffy.

Apertura y humildad epistémica son atributos del anteriormente denominado paradigma emergente de la ciencia. El norte es casi siempre un conocimiento multidimensional, pero no completo de la realidad. No nos cabe alucinar con la posibilidad de conocer la totalidad. El alambrado de púas con alta tensión se manifiesta

“La complejidad es uno de los últimos intentos de unificación de las ciencias bajo la égida de la transdisciplinariedad, pero incluye lo interdisciplinario y disciplinario, en un movimiento de ida y vuelta”



FOTOGRAMA DE UN ICONO DE LA TEORÍA DEL CAOS DE LORENZ (EFECTO MARIPOSA) / CREATIVE COMMONS

ta en la prueba deductiva, e inductiva y empírica, respectivamente. Existen límites infranqueables en el proceso de conocimiento.

El principio de incompletud, de Godel, señaló tempranamente que todo sistema teórico tiene por lo menos un axioma que es indemostrable; no podemos determinar si es verdadero o falso. Toda teoría es insuficiente e inacabada, por tanto, debe permanecer abierta (Morin, 1978:246). El principio de incertidumbre de Heisenberg estableció que no podemos medir simultáneamente la posición y el movimiento de una partícula, porque al registrar uno de esos dos parámetros, indeterminamos el otro.

El sujeto regresa a su lugar, modifica al objeto cuando lo conoce: lo construye. En consecuencia: la cibernética de segundo orden de Heinz Von Foerster se plantea atinadamente observar la observación: observar al observador. Ahora, no solo hay que medir el objeto, sino el mismo proceso de medición del objeto.

En su momento, Gaston Bachelard nos advirtió sobre la imprescindible vigilancia epistemológica. El conocimiento se enfrenta a una dialéctica de la verdad y el error u obstáculo, que puede tener raíces inconscientes. Avanzar en el terreno cognosciti-

vo significa muchas veces ir contra el conocimiento anterior. No partimos de una tabla rasa, como señalaba el empirismo positivista. Asimismo, siempre existen puntos ciegos. No sabemos que no sabemos. La complejidad es el campo de lo posible, improbable e impredecible.

Lo pertinente es pensar en posibilidades y también, digámoslo sin ambages, en la mera imposibilidad. Vivimos en un mundo con múltiples centros, diferentes temporalidades, niveles distintos de veracidad, realidad y experiencia, en donde puede ser inútil la lógica formal clásica. Las lógicas no clásicas (Incs) “representan la más radical ruptura epistemológica con respecto a la tradición platónico-aristotélica. La idea de base es que hemos logrado desarrollar un pluralismo lógico, y el pluralismo lógico implica pluralismo de formas de racionalidad, pluralismo en los sistemas de verdad, en fin, un pluralismo de mundos, igualmente” (Maldonado, 2020:147). A la geometría euclidiana le sucede la geometría fractal y los espacios de Hilbert, de dimensiones infinitas. Se estudian los puntos o estados críticos, donde los fenómenos cambian de estado, radicalmente, o dejan de ser lo que eran. Entre el valor verdad y el valor falsedad, podemos ubicar el valor imaginario (Spencer-Brown, Bombeli, citados por Ibañez, 1991:22,23).

El decurso del conocimiento no es ni lineal ni acumulativo y oscila entre continuidades y quiebres, síntesis y rupturas, desarrollos simultáneos y retornos. Ahora bien, las síntesis no son simples agregados, sino también, resultados emergentes y no lineales, respecto al input inicial (Maldonado, 2015: 94, citado por Luengo, 2017:55). La complejidad es uno de los últimos intentos de unificación de las ciencias bajo la égida de la transdisciplinariedad, pero incluye lo interdisciplinario y disciplinario, en un movimiento de ida y vuelta. No se trata de un

tránsito simple de una etapa analítica a otra caracterizada por la síntesis (Luengo,2017). De la ciencia clásica centrada en el estudio de *objetos definidos por propiedades*, se pasó a investigar de manera interdisciplinaria *áreas o campos*, a finales del siglo pasado, para abordar, en la actualidad, *problemas* desde una mirada transdisciplinaria.

A pesar de que el *mainstream* epistemológico de las ciencias sociales latinoamericanas soslaya el asunto, desde la segunda mitad del siglo XX, se han conformado ciencias que abordan directamente a la complejidad y reflexiones epistémicas sobre lo que en su momento se denominó también el nuevo paradigma de la ciencia. Como era de esperarse, existen diversos enfoques de la complejidad; unos se asumen “más complejos” que otros; y algunos más osados piensan que pueden desdeñarlo. Hasta en estos altos niveles abstracción el ser humano reproduce los esquemas más simples y básicos.

Hoy en día, ninguna reflexión sería debería ignorar los hallazgos de la física cuántica y la macrofísica, las neurociencias y la inteligencia artificial. Las primeras son indispensables para revisar o repensar las nociones fundantes de la ontología, *verbigracia*, la concepción del multiverso y el principio de entrelazamiento cuántico, que *des-tierra* el principio de identidad aristotélico. Algunos autores hablan de una revolución *supercopernicana*, en donde nuestro universo resultaría insignificante y sería solo uno, entre incontables universos. Existen varias teorías científicas al respecto, que en la red de redes han terminado por contaminar y entremezclarse con contenidos ficcionales que hacen referencia al origen de este postulado. Con el entrelazamiento cuántico, dos objetos separados, independientemente de la distancia entre ellos, se comportan con tan alto grado de similitud que se transforman en objetos indistinguibles. Para Al-

bert Einstein, era una “espeluznante acción fantasmal a distancia”.

Los principios del pensamiento complejo sirven de guía didáctica para entender gran parte de sus alcances (Morin,1978-2020). Para comprender los fenómenos es imprescindible apelar a la noción de sistema, es decir, resulta crucial conocer las partes, el todo y, sobre todo, sus interrelaciones e interacciones. Orden, desorden y organización coexisten¹. Los sistemas tienen la tendencia a organizarse a partir de emergencias (Principio sistémico y organizativo). La parte está en el todo y el todo está en las partes (Principio hologramático). En el pensamiento complejo, el análisis está presente, pero siempre se religa lo que antes se había separado. Se puede proceder a asociar, pero sin homogeneizar ni reducir. Se conjuga y une lo disjunto y se establecen puentes entre elementos antagónicos, por ejemplo, entre naturaleza y cultura (principio de distinción, conjunción e implicación). Los sistemas poseen principios autorreguladores y homeostáticos que incluyen mecanismos de *feed back* (principio del bucle retroactivo de la cibernética de primer orden). Los sistemas son autónomos y auto-organizadores: generan los elementos, las relaciones y la estructura que los constituyen. No obstante, su relación con el entorno es vital para existir (principio de auto-ecoorganización). El producto del sistema re-entra como causa que lo produce (principio de bucle recursivo de la cibernética de segundo orden). Las unidades son duales ya que incorporan paradójicamente elementos antagónicos y complementarios (principio dialógico). Estamos hablando de unidades que no son el resultado de ningún tipo de abstraccionismo ni reduccionismo; unidad es unidad de lo diverso (principio de Unitax Multiplex).

A partir de la superación de los principios del paradigma clásico de la ciencia (simplificación y reducción, determinismo, disyunción), surge un nuevo concepto de ser humano, a saber, el *homo sapiens-demens*. Se reconoce su carácter bio-psico-social y simbólico, en diferentes niveles crecientes de complejidad. Cada nivel integra al anterior sin reducirlo ni desdibujarlo del todo. *Demens* alude al registro imaginario, el mito, la danza, el canto, la fiesta, el éxtasis, el arrebato y la desmesura; la capacidad de ensoñación e ilusión pero también a sus eventuales derivas de horror (totalitario, racista, xenófobo). La *scienza nuova* se plantea concebir racionalmente lo irracional y lo a-racional.

A diferencia del antropologismo reductor y simplista, se reconoce la capacidad de vida societal y comunicativa de los antepasados homínidos y no homínidos. Antes y próximo a nosotros, existió la paleosociedad y la arqueosociedad. Entre el animal y el ser humano, la naturaleza y la cultura existe continuidad y ruptura. En la trilogía individuo (psicología), sociedad (sociología) y especie (biología), ningún término debe subordinarse ni reducirse completamente a otro. El fenómeno humano se ubica en las interrelaciones entre los diferentes niveles o dimensiones, que no son solo complementarios y antagónicos, sino también, inciertos. El ser humano no puede ser definido de manera esencialista, ni desde el punto de vista genético ni cultural (Morin, 1978:231). La *naturaleza humana* es animal-biológica-ecológica pero también técnica (Ortega y Gasset). La idea fuerza es la ruptura con la clásica disyunción entre las ciencias humanas, la biología y la física.

1 “...Fenómenos desordenados son necesarios en ciertas condiciones o en ciertos casos para la producción de fenómenos organizados, los cuales contribuyen al incremento del orden...” (Montealegre, 2020:13).

(continúa en la página 8)

El vuelo sublime de la complejidad

(viene de la página 7)

Las propiedades de la complejidad son la no linealidad, auto-organización, emergencia, caos, aleatoriedad, adaptación, evolución, flexibilidad, entre otras. Necesidad y azar, orden y desorden, determinismo e indeterminación, ruido e información, se imbrican en la realidad. Un fenómeno complejo posee endo-exocausalidad y bucles retroactivos internos y externos, causalidad intrasistémica e intersistémica, retroactiva y recursiva (Lozano, 2020).

La teoría de las estructuras disipativas de Ilya Prigogine y la teoría de las catástrofes de René Thom son fundamentales para entender la noción de no linealidad. Dentro de la primera, las estructuras disipativas son aquellas que surgen en condiciones alejadas del equilibrio y en donde pequeños cambios generan grandes transformaciones. Dentro de la segunda teoría, se rompe con la continuidad. Precisamente, existe una catástrofe en el momento en que se genera discontinuidad en una trayectoria, se salta de un estado a otro o se produce una bifurcación.

Desde la teoría del Caos, el descubrimiento de Edward Lorenz resulta crucial. El archiconocido efecto mariposa ilustra como ningún otro este fenómeno. El sistema pasa de un comportamiento a otro por modificaciones mínimas en el entorno que luego se amplifican. Con ello, el futuro a mediano y largo plazo se torna impredecible. Pequeñas causas producen grandes efectos, grandes "causas" no logran generar efectos significativos.

En el incremento progresivo de la complejidad y de la creatividad sistémica, aparecen las emergencias. Estas últimas son totalidades organizadas y complejas. La inestabilidad conduce a nuevos mecanismos y a un universo abierto. Ilya Prigogine da cuenta de procesos irreversibles en la evolución de los sistemas, marcados por la flecha del tiempo. La bifurcación se refiere a un cambio cualitativo y radical en el fenómeno cuando se ubica en un estado crítico o en el filo del caos.

La autoorganización fue explicada y dilucidada magistralmente por los científicos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela. La autopoiesis alude a los procesos mediante los cuales los sistemas vivos se conforman a sí mismos y mantienen su organización.

En esta perspectiva podemos identificar cómo se produce orden a partir del desorden o del ruido (Von Foerster). Como un ejemplo conspicuo; las mutaciones biológicas son, en muchos casos, sendas adaptativas y evolutivas. Este ejemplo muestra que el juego del error y la verdad no es rígido ni estático. El antiguo error se convierte en la verdad del nuevo sistema.

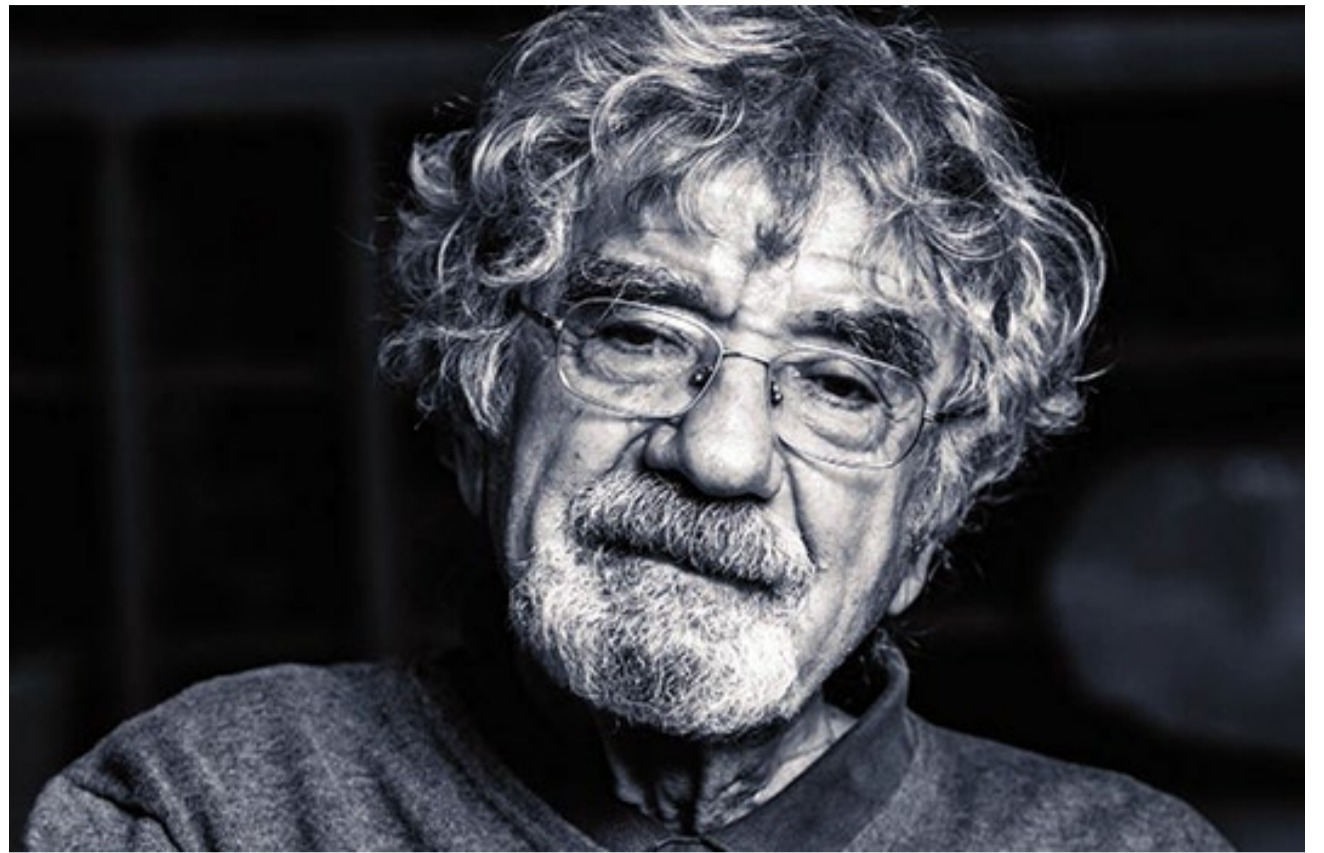
Los autores que nos permitimos recordar aquí, desarrollan un pensamiento complejo que no es indiferente al futuro. Si este último no está predeterminado, hay mucho que podemos hacer, éticamente. Cambiando de vía (Morin, 2020); aprendiendo de las lecciones del cambio climático y de la pandemia del Covid-19 o rescatando la raíz matrízica de la cultura occidental, con todo lo que puede aportar para el amor, la cooperación, la solidaridad y la democracia (Maturana, H. 1996-2011).

Al parecer, los hallazgos de Charles Darwin o la lectura que hicimos de ellos, son en buena parte una mera proyección ideológica. Los etólogos han establecido como la cooperación y la competencia son antagónicas y complementarios en la vida animal. La cooperación tiene valor evolutivo y adaptativo. El primatólogo, psicólogo y etólogo Frans de Waal ha identificado compasión, empatía y sentido de justicia en sus experimentaciones. Más allá de lo que se denominó hace quince años el "gen egoísta", hoy día la tendencia se dirige a reconocer el comportamiento pro-social y cooperativo. El gran investigador holandés plantea la hipótesis de que la empatía surge en los cuidados maternos y luego se expande a otras relaciones. Dicho sea de paso, Humber-

to Maturana, extrapola esta tesis a la experiencia humana, filogenética y ontogénicamente.

Por otra parte, no es cierto que todos los animales vivan solo en el presente. Los primates antropomorfos planifican y usan herramientas. Los grandes simios pueden resolver problemas con procedimientos inferenciales análogos a los nuestros (Diéguez, 2021; 57-58). Los estudios sobre cognición animal en primates, cetáceos y aves, socavan la idea de que el ser humano es el único ser que razona. La diferencia humana vendría dada por una inteligencia muy superior y el lenguaje, como "paquete" que permite altísimos niveles de categorización y abstracción y que ha sido un acelerador evolutivo que permitió una cultura tecnológica acumulativa de creciente complejidad (Waal, 2021). De esta manera, se ha rellenado el abismo ontológico que había creado la tradición filosófica, científica y religiosa occidental entre los seres humanos y los animales.

La naturaleza es una trama compleja de procesos informacionales y comunicacionales. La semiosis y la vida son coextensivos, inclusive desde los mismos orígenes. Ahora bien, más que de procesos simples de emisión y recepción de señales estamos ante una polifonía de una orquesta sinfónica, en donde los distintos instrumentos dialogan entre sí, se interpelan o entrecortan, conversan, pero también mantienen monólogos o soliloquios. Se abandona el esquema ecológico simplista y mecánico del tipo presa-predador. Los sistemas vivos se encuentran inmersos en procesos de codificación y descodificación, entre ellos y su entorno, pero no responden a un esquema algorítmico, secuencial y jerarquizado. El procesamiento de información se realiza de forma paralela, distribuida, no-local, como una emergencia. "...Los sistemas vivos son tales justamente porque no saben de estabilidad, equilibrio o permanencia, sino de cambios, procesamientos, aprendizajes y adaptación..." (Maldonado, 2020: 34). La biosemiótica implica abordajes inter y transdisciplinarios. De hecho, es una síntesis de las ciencias naturales, sociales y humanas. La biosemiótica constituye una de las ciencias de la complejidad, siendo la biología cuántica el eslabón que la comunica con ellas. La novedosa ciencia, estudia los efectos cuánticos sobre el funcionamiento cerebral, la comunicación entre las plantas; y en el comportamiento animal, verbigracia, en la comunicación interespecies en la rizosfera, entre hongos y plan-



HUMBERTO MATURANA / ARCHIVO

tas, bacterias y hormigas, entre otros organismos.

Los cambios tecnológicos en curso y aquellos que presagia el transhumanismo han puesto en jaque al humanismo clásico y a buena parte de sus argumentaciones. Ante la ciborgización y la comunicación poshumana, ninguna definición esencialista de la naturaleza humana resulta válida, ora biologicista, ora técnica. El ser humano está destinado a vivir en la naturaleza, en su sobrenaturaleza tecnológica (Ortega y Gasset) y en la infosfera o tercer entorno (Echeverría, J. citado por Diéguez, 2021:33). Es un ser natural pero también un ser técnico. No obstante, su sobrevivencia y bienestar como especie, dependerá de una bio-tecno-ética, que distanciándose de un sueño romántico y reaccionario, ponga límites sobre la base de

conceptos como dignidad humana, equidad, autonomía y libertad. No deberíamos permitir que el imperativo y determinismo tecnológicos sigan rigiendo nuestras vidas. A veces lo que puede hacerse, no debe hacerse. El concepto de derechos humanos debería ampliarse y redefinirse en función de los derechos de los seres vivos, sintientes y portadores de dignidad. Nuestros cuerpos no son simples soportes materiales prescindibles, accidentales, contingentes e inadecuados, en espera de mejoras de la biotecnología, la biónica y la inteligencia artificial. Esa concepción reproduce el dualismo. Los límites y cotos al dinamismo tecnológico, aludidos anteriormente, tienen que ver también con una adecuada gobernanza digital que controle la distribución y extensión democrática de la IA. Sobre todos se ciernen las amenazas y riesgos de los sistemas de cibervigilancia en general (v.g. Pegasus), y aquellos insertos en el modelo totalitario del Partido Comunista Chino.

Empero, ¿por qué es ineludible que hablemos de complejidad este año? Existen tres poderosas razones. En primer lugar, Edgar Morin, uno de los pilares de los enfoques principales del pensamiento complejo cumplió 100 años. En segundo lugar, Humberto Maturana, gran científico que acuñó una de sus categorías centrales: la autopoiesis, falleció el día seis de mayo de los corrientes. Igualmente, el epistemólogo chileno desarrolló la neurobiología, una de las denominadas ciencias de la complejidad. Si bien, el mismo objeto de nuestra indagación, reclama alejarnos de cualquier personalismo y culto respectivo, hemos de reconocer el lugar de estos gigantes en el paradigma emergente.

En tercer lugar, puede decirse que este año la complejidad recibió el premio Nobel de física, tanto en su nivel teórico más alto, en las manos de Giorgio Parisi de la Universidad de La Spienza, como en su aplicación empírica al cambio climático, por parte de Syukuro Manabe de la Universidad de Princeton y Klaus Hesselmann del Instituto de Meteorología Max Planck. Estos últimos han contribuido a modelar, cuantificar y predecir el calentamiento global. El físico italiano mencionado inicialmente recibió el galardón por sus estudios de la interacción entre el desorden y las fluctuaciones en sistemas físicos de distintas escalas.

En específico, el vuelo de los estorninos, estudiado por Parisi, es un ejemplo conspicuo del funcionamiento de un sistema complejo; y responde a un intrincado mecanismo de comunicación y orientación. El célebre autor mantiene la hipótesis de su extrapolación metafórica a ámbitos como la moda. De momento, podemos decir que el despliegue coreográfico de sus bandadas, transforma los instantes sublimes de la naturaleza en una secuencia infinita de belleza. Lo complejo es hermoso. ☺

Castelvecchi, Davide (11/05/21). "Demuestran el entrelazamiento cuántico entre objetos macroscópicos". Física Cuántica. *Investigación y Ciencia*. Disponible en: [\[gacionciencia.es/noticias/demuestran-el-entrelazamiento-cuatico-entre-objetos-macroscopicos-19874\]\(https://gacionciencia.es/noticias/demuestran-el-entrelazamiento-cuatico-entre-objetos-macroscopicos-19874\)](https://www.investi-</p>
</div>
<div data-bbox=)

Diéguez, Antonio (2021). *Cuerpos inadecuados. El desafío transhumanista a la filosofía*. Barcelona: Herder.

Ibañez, Jesús (1991). *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Santiago de Chile: Amerindia.

Maldonado, Carlos Eduardo (2020). "La biosemiótica como una de las ciencias de la complejidad", *Revista de la Unidad de Investigación de la Facultad de Economía de la UNAS*, pp. 23-36. Disponible en:

(2020) "El seminario más antiguo de complejidad en América Latina". *Praxis Pedagógica*. Enero-Junio 2020, pp. 149-166. DOI: <http://doi.org/10.26620/uniminuto.praxis.20.26.2020>.

(2020). *Especificidad de las ciencias de la complejidad y otros mundos posibles. La metamorfosis de la universidad*. Universidad El Bosque.

Lozano López, César (2020). "La emergencia de un nuevo paradigma: Del pensamiento clásico al de la complejidad". *UARICHA* 2020, Vol. 17, 39-48. Facultad de Psicología. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Luengo González, E. (2021). "Hacia la síntesis de conocimientos. Interdisciplina, transdisciplina y complejidad". *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, Vol. xxviii No. 80, Enero-Abril, No. 2021, pp. 47-76. Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.

Maturana, Humberto (1996). *El sentido de lo humano*. Santiago de Chile: Dolmen. (2008). *Del ser al hacer. Los orígenes de la biología del conocer*. Buenos Aires: Granica.

(2011) *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano*. Idem.

(2011) *La objetividad. Un argumento para obligar*. Idem.

Montealegre Torres, Jorge (2020). "Corrientes de la complejidad: convergencias y divergencias". *Eidos*, núm. 32, 2020. 19 páginas. Fundación Universidad del Norte. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85464175014>

Morin, Edgar (1978). *El paradigma perdido: el paraíso olvidado*. Barcelona: Kairós.

(1981). *Para salir del siglo XX*. Barcelona: Kairós.

(1995). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

(2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós Ibérica. UNESCO.

(2002). *Claves para el siglo XXI. Crítica*: Barcelona. (VVAA).

(2020). *Cambios de vía. Lecciones de la pandemia*. Barcelona: Paidós.

Rodríguez Zoya, Leonardo (2010). "CONTRIBUCIONES DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA A LA EMERGENCIA DEL PARADIGMA DE LA COMPLEJIDAD. HOLOGRAMÁTICA" – facultad de Ciencias Sociales – UNLZ – Año VII, Número 13, V3 (2010), pp. 63- 100. Disponible en: <http://www.unlz.edu.ar/sociales/hologramatica> S/a (24/06/2021). "¿En qué consiste la teoría del multiverso?" CIENCIA Y TECNOLOGÍA. COSMOLOGÍA. Universidad Internacional de Valencia.VIU. <https://www.universidadviu.com/es/>.

Waal, Frans (2021). Entrevistado en el programa *Homínidos. Tan cerca, Tan lejos*. DW. Zona Docu. 07-10-2021.

“
En la primera
tanda de
sanciones, se me
eligió como cabeza
de turco”



EDGAR MORIN / FRONTEIRAS DO PENSAMENTO

ENSAYO >> CONTRA LA TERGIVERSACIÓN DE LA HISTORIA

La muerte de Bolívar, ¿historia o fábula?

ROLDÁN ESTEVA-GRILLET

En 1997, recibí la visita de un profesor de origen tachireño, siendo yo profesor de la escuela de Artes de la Universidad Central de Venezuela. El motivo era una publicación de su autoría de la que me obsequió dos ejemplares, por si algún otro colega le interesaba el tema. El título del libro era bastante llamativo y polémico: El parricidio de Santa Marta. Simón Bolívar asesinado. Ninguna editorial respaldaba la publicación e inferí que el mismo autor la había costeado. No recuerdo que haya salido alguna reseña para la época. Rastreando en internet solo queda evidenciado que, por lo menos, tuvo un lector que asumió el contenido del libro con devoción fanática, como una revelación que calzaba con sus propias ideas políticas de bolivariano populista: el ex teniente coronel Hugo Chávez Frías, principal responsable del intento de golpe de Estado de 1992 contra el gobierno democrático de Carlos Andrés Pérez. Sobreseída su causa, al igual que la de todos sus cómplices, Chávez estuvo en campaña por todo el país incitando a la abstención –aunque también a resucitar las guerrillas– hasta que un exsindicalista y ex militante de Unión Republicana Democrática, lo convenciera de la vía electoral y le organizaran un nuevo partido con el que llegaríamos a la “quinta república”.

Al cabo de diez años de la publicación de El parricidio de Santa Marta, en 2007, Chávez, en su condición de presidente reelecto, se atrevió a darle un espaldarazo a la hipótesis del desconocido autor, Luis Salazar Martínez, al punto de nombrar una comisión para confirmar sus sospechas acerca del verdadero motivo de la muerte de su Dios. De nada sirvieron las declaraciones de la Academia de la Historia y la de Medicina a propósito del tema. Tres años más, en 2010, no contento con que se averiguara la verdadera causa de la muerte, Chávez sacó otra idea de la lectura de citado libro, la de exhumar los restos del Libertador (tal como lo exigía el Dr. José Izquierdo Esteva, polémico y prestigioso anatomista en 1947, autor citado por Luis Salazar Martínez, si bien no de manera coherente), y todo el país se vio envuelto en una cuestionable por innecesaria exhumación de los restos de Bolívar, para someterlos a las pruebas de ADN. Se llegó a saber que uno de los babalao cubanos que lo asesoraban, viendo que perdía el favor de la gente, le recomendó repotenciarse “tocando” huesos sagrados. Como complemento –pues había dinero de sobra–, el presidente quiso tener una imagen nueva de su ídolo, a partir de la calavera, porque la sospecha de falsedad y manipulación oligárquica se extendía hacia la iconografía de época.

Otra de las ideas que Chávez sacó de este libro fue la de cambiar el escudo nacional, tomando de modelo una de las versiones históricas, aquella donde el caballo corre hacia la izquierda y que el autor reproduce en la página 182. Claro, hizo pasar la ocurrencia como una inocente observación de su hijita Rosinés.

Luis Martínez Salazar no volvió a aparecer, salvo por un artículo sobre el supuesto socialismo de Bolívar. Quien acaparó el tema, y alcanzó la atención preferencial de Chávez, fue otro improvisado fabulador, Jorge Mier Hoffman, experto en informática, que con mejores recursos publicó sus fantasías en un grueso volumen con el título La carta que cambiará la historia, libro que Chávez leía con fruición ante las cámaras. Este presunto descendiente del español Joaquín de Mier, de Santa Marta, terminó sus días feamente asesinado en Margarita por el hampa común que solo quería robarle su lujosa camioneta. Volvamos pues, al más modesto Salazar Martínez.

Mal puede catalogarse como un profesional de la historia, es más bien un tergiversador de la misma;

“Mal puede catalogarse como un profesional de la historia, es más bien un tergiversador de la misma; para colmo, viciado su enfoque con las creencias masónicas y espiritistas contrarias a toda indagación científica. Además, es un típico bolivariano, de esos que han hecho de la figura histórica un mito de ribetes cuasi religiosos. Las fuentes referidas, en particular las cartas de Bolívar, son interpretadas en función de una hipótesis tan descabellada como falta de asidero histórico”



MUERTE DE SIMÓN BOLÍVAR / ANTONIO HERRERA TORO

para colmo, viciado su enfoque con las creencias masónicas y espiritistas contrarias a toda indagación científica. Además, es un típico bolivariano, de esos que han hecho de la figura histórica un mito de ribetes cuasi religiosos. Las fuentes referidas, en particular las cartas de Bolívar, son interpretadas en función de una hipótesis tan descabellada como falta de asidero histórico. Les da crédito a las interpretaciones más cuestionables de la historiografía (¿o teología?) bolivariana y hasta, ingenuamente, a cuanta leyenda pueda armar a su idílica e immaculada visión del Héroe. Para añadidura, carga su discurso masónico y espiritista, con una lectura socialista a fin de convertir a Bolívar –como mucha gente de izquierda lo ha pretendido con Jesús– en un pionero del socialismo romántico y, por ende, en un enemigo del capitalismo y especialmente de esos Estados Unidos de América, cuando este país no era todavía el poder industrial, político, económico y militar que será a fines del siglo XIX.

El libro de marras tiene la particularidad de fantasear sobre la hipótesis del envenenamiento como causal de la muerte de Bolívar, contra todas las evidencias de la historia. También a Napoleón, muerto de cáncer de estómago, lo han querido presentar como una víctima más bien de sus servidores, por orden de Inglaterra. Nuestro autor es más preciso en su pesquisa, pues identifica al posible criminal: nada menos que el sobrino preferido de Bolívar, Fernando Bolívar Tinoco, hijo de su fallecido hermano Juan Vicente. El cómplice sería el general Mariano Montilla, entonces gobernador de Cartagena de Indias.

Fernando, entonces de apenas veinte años, educado en Estados Unidos (dato que levanta sospechas en el pesqui-

sador) habría tenido un motivo para asesinar a su tío, quien tan bien se había ocupado de su educación: el supuesto temor a no ser considerado como el sucesor o heredero ante la presencia de otro más directo, el supuesto hijo adulterino de Bolívar, habido en Fanny du Villars, leyenda a la que el autor le da absoluta credibilidad. Como se sabe, a Bolívar le han atribuido como cinco hijos y él mismo se creyó que tenía uno en Potosí... Bueno, también a Humboldt le atribuyeron otros tantos, el último un charlatán vendedor de menjerges en La Habana.

Además de falsear innumerables datos, no por mala fe sino por simple ignorancia, Luis Martínez Salazar convierte al joven Fernando en cómplice de los que intentaron acabar con la vida del Libertador la noche del 25 de septiembre de 1825. ¿Qué lo hace sospechoso? Pues, el no haber salido de su cuarto de enfermo a enfrentar a los complotados del Palacio de San Carlos con una pistola descargada y sacrificar su vida por su adorable tío.

La visión esquemática que ve en el “centralismo” bolivariano una fórmula anticapitalista de gobierno, es decir, socialista, contra el “federalismo”, que sería la contrapartida del capitalismo pro imperialista, revela por parte de este autor, no solo una deficiente documentación de época, sino una falsificación ideológica de lo que tales sistemas de gobierno representaban para la época. La contaminación comunista le hace ver en la dictadura de Bolívar (1828-1830), una “dictadura revolucionaria” cuando, justamente, en contra de su supuesto anticlericalismo liberal, el Libertador se apoyó en el poder tradicional de la Iglesia –al devolverle algunos de sus fueros– para sostener su gobierno ante los embates del “santanderismo” que, en rigor, constituía el ala progresista del

“

las cartas de Bolívar, son interpretadas en función de una hipótesis tan descabellada”

país. Tan es así que el “bolivarianismo” colombiano estuvo a lo largo del siglo XIX, vinculado al tradicionalismo conservador, mientras que en Venezuela Bolívar fue siempre exaltado por gobiernos militaristas y dictatoriales (Guzmán Blanco, Juan Vicente Gómez, Marcos Pérez Jiménez). Es solo en la segunda mitad del siglo XX que la figura de Bolívar ha empezado a ser vista como adalid de ideales de izquierda, en particular, en lo que tiene de antidemocrática, personalista y totalitaria, además de militarista y centralista, según las pautas de los regímenes comunistas. Si Carlos Marx juzgó mal a Bolívar, por apoyarse en los resentimientos de oficiales europeos que pelearon a su lado, la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en su deseo de halagar el sentimiento patriótico latinoamericano, inició el rescate de figuras cesaristas y autócratas como el paraguayo Dr. Rodríguez Francia; respecto a Bolívar, un político y escritor colombiano les dio luces en 1956: Indalecio Liévano Aguirre.

Lo más débil del libro El parricidio de Santa Marta es que, según el

autor, todos estaban interesados en la desaparición de Bolívar, menos Manuela Sáenz. Los enemigos por excelencia son los estadounidenses, luego los “federalistas”, término con el que identifica a los seguidores de Santander y los defensores del sistema capitalista, en contra de la “Patria socialista” que aspira fundar Bolívar. También resulta difícil de calibrar –a menos que nos entonemos en el discurso de completa elucubración del autor–, que cuantas veces Bolívar enfermó haya habido un envenenamiento. Según esta teoría, esos diversos envenenamientos fueron minando la salud del Libertador hasta que le produjeron la tuberculosis fatal. Una prueba de total ausencia de talento para la historia de parte del autor es no solo el haber tomado por verídica la carta atribuida a Bolívar y dirigida a Fanny du Villars, y fechada un día antes de su muerte en la hacienda de San Pedro Alejandrino, siendo que esa carta es apócrifa y fue escrita por el exiliado venezolano Luciano Mendible Montejo, estando en Barranquilla en 1925, según propia confesión; sino más, el asumir como fuente autorizada un diálogo inventado por el escritor colombiano Álvaro Mutis, “El último rostro”, donde pone a hablar a Bolívar con un ficticio coronel polaco (Mieczysław Napierski). Mutis adelantaba con ese fragmento una novela que no quiso seguir, y concedió a su connacional y amigo, Gabriel García Márquez, el permiso para escribir la suya (El general en su laberinto, 1989), junto a toda la bibliografía que Mutis había coleccionado. García Márquez rindió pleitesía a la imagen de un Bolívar de izquierda. Menos mal que tuvo un lector desconfiado, José Ignacio Cabrujas, quien le puso los puntos sobre las íes para desconsuelo de las viudas y huérfanos del héroe. ☉